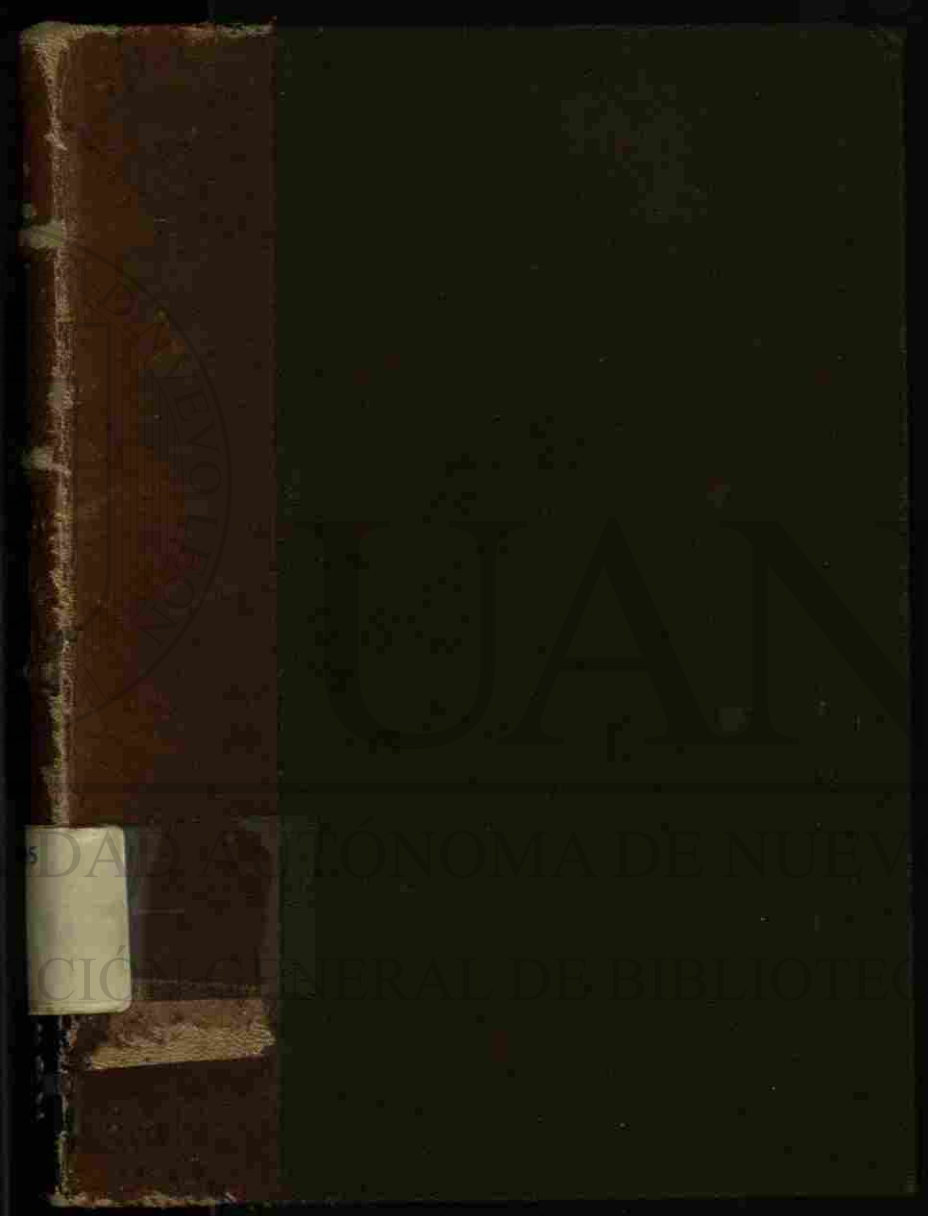




HUGO
—
ESU—
RISTO

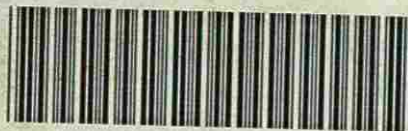
PQ2285

.J4

S6

221

ENCUADERNACION
RAFAEL GARCIA
Sec. Hidalgo Calle 3 No. 277.
GUADALAJARA JAL.



1020026589



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. 232.9
Núm. Autor. 17895
Núm. Adq. 30357
Procedencia -8-
Precio (R)
Fecha
Clasifico 29
Catalogo



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

JESUCRISTO

FOR
VICTOR HUGO

Traducida directamente del original francés

FOR
ISMAEL SANCHEZ DE TAGLE

CON UN PREFACIO DEL TRADUCTOR

ALFONSO ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

U. A. N. L.

MEXICO

TIP. DE "EL RENIX" CALLE DEL AGUILA NUM. 12

1896

099326

30357

873

12 2285

14

56

H.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

AL DISTINGUIDO JURISCONSULTO

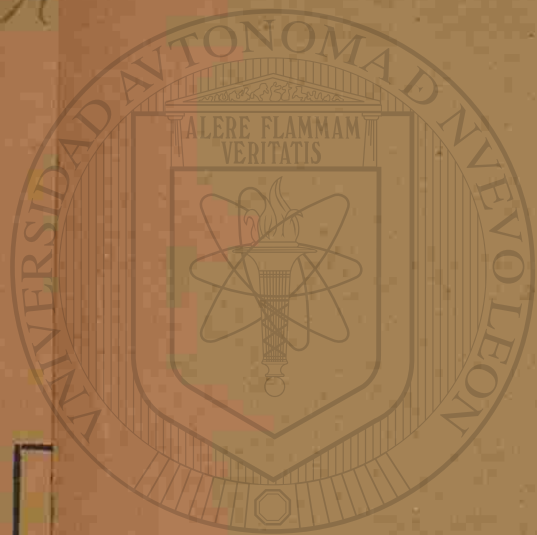
Luis del C. Curiel
y al pueblo inteligente de Tlalisco,
de quien es digno gobernante,
dedica el presente trabajo literario

El Autor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

87
H



PREFACIO DEL TRADUCTOR

SI la tragedia inmortal, que tuvo su epílogo en el Calvario, nos arrebatara y envuelve en sus ráfagas sangrientas de duelo y horrores, malgrado los diez y ocho siglos que nos separan de ese eclipse de la razón humana, de ese momento, en que plugo torcidamente a un pueblo, sin poesía, sin virtudes, sin grandeza, todo servil oprobio é intelectual miseria, arrojar con la perpetración de ese crimen, único en la

historia del hombre por su magnitud monstruosa, una responsabilidad incomprensible. pero que acepta la honrada conciencia cristiana, no menos, ni con débiles rayos nos embargan en su irresistible fuerza de atracción, que siempre ejercerán poderosos sobre los corazones que aman á Cristo, los ya tan apartados de nosotros, días de prueba para el cristianismo.

Las gotas carminosas de sangre que las espinas brotar hicieron de la frente augusta de Jesús, cayeron como una maldición abrumadora, implacable, sobre las generaciones, que en tropiezo constante con el error, se destruían unas á las otras, en espantosas luchas por el reino de la muerte. Duélese el historiador hojeando esas páginas de ceguedad y sollozos, en que los purísimos rayos del Evangelio eran rehusados por las almas, en que sus verdades de justicia y de razón para ser aceptadas, necesitaban exigencia lamentable! la hoguera y el suplicio en todas sus horrendas formas.

Esa sangre vertida hasta el derroche en las arenas de los circos romanos; ese hacinaamiento de hosamentas humanas, que llevan la huella, puesta allí, por el hierro del tormento ó por la garra de las bestias salvajes,

habitadoras un día de las selvas ardientes del Africa; esas almas, huyendo sorprendidas de los cuerpos convulsos, palpitantes, en las agonías espantables, que no caben ya más que en el sueño; crueldades tocando al *summun* en el dolor al nervio, al *summun* en el dolor al espíritu; ese amontonamiento inmenso de hechos y palabras. llevándose los unos toda la luz dada á la heroicidad en las deslumbradoras apariciones del sacrificio y teniendo las otras, al *verbo* misterioso, que se estremera alado en la profundidad, que hay en todas esas revelaciones esas profecías en esos himnos, en esas plegarias, en esas oraciones en donde está la dilatación de yo no sé qué alientos del Infinito!

Esos sangrientos y de luto llenos, combates y conquistas; esas llamas de incendios y de hornazas en que el hombre servía de combustible; esas purezas y castidades indomables, no cediendo al apetito infame, ni aún bajo el plomo ígneo, corriendo por las carnes, y devorando los vientres abiertos por el odio y la rabia de la impotencia; esas leyendas de enormes resplandores. escritas por la pluma de cinco siglos, que han llevado en ellos lo más grande que tiene la humanidad en su batallar gigantesco y cuyas

proporciones vastísimas, empiezan en esa execrable cima que se llama Gólgota, para abrazar en todos los pueblos y á todos los hombres en inmensa red de felicidad ambicionada; todas estas inacabables, bellísimas tradiciones; todo este conjunto heroico de sacrificios, flotará insumergible para siempre en el océano de los tiempos.

Personificando por un momento á ese pasado, se diría que tiene el aspecto sombrío, inquieto, como si apareciera pronto á herir de nuevo al mónstruo de la impiedad y de nuevo á luchar y vencer; ese pasado, torna á lanzar desde su tumba gritos de alarma oídos por muy pocos, porque la blasfemia los ahoga para los demás en estruendosa carcajada, con eco prolongado en la hora de las supremas formidables apariciones.

¡Cómo ante la insensata faz del extravío humano, ese pasado se efrece inútil y existe sólo en la historia y su imperio y su verdad y su calor de vida perdidos, parecen ser, y la esperanza y también con ella la fé, levantándose como una hostia sacrosanta en las claridades vivísimas de la eterna serenidad del cristianismo, amenazan desaparecer, legándonos tan sólo un puñado de enblanquecidas cenizas, que fueron sus már-

tires, y un montón de ennegrecidas piedras que fueron sus altares!

El olvido, como un despojador de enercijadas, pretende arrebatar las adoradas creencias y abandonarla como pestilentes desechos en el estercolero del oñioso indiferentismo; todo lo que hicieron, todo lo que sufrieron por el amor á Cristo esos seres que forman el glorioso aparte del catolicismo, perdido será y su recuerdo, cuando no enojoso importuno ¿será preciso declarar que se engañaron y compadecer su torpeza y condolernos sobre su ignorancia y torcido juicio? ¿Y había de reemplazar á la purísima imagen del cielo en nuestra pupila la imagen desolante de una tumba sin mañana? ¿Porque en su cólera así lo grita en nuestros oídos una secta filosófica bastarda y árida ó lo murmura bajamente en su tibieza un grupo de sectas indignas? ¿Porque ese persiguidor de quimeras, habitante vez alguna de lúgubre celda en Charentón, cuyo edificio de positibismo con árrimos de Fourrier y de Lettré, caer hiciera la sombra de sus muros sobre el resplandor de esa poesía divina de inmortalidades y justicias sobrehumanas? ¿Porque la demencia de las coronas con sus crímenes, y la demencia de las filosofías con sus errores

sombra tambien pusieron sobre la estela luminosísima que dejaron los pasos del Mesías sobre la tierra? ¿Porque desde el solitario de Ferney, ese talento todo sarcasmo y éxito, hasta Strauss, ese disecador tenebroso y oblicuo de los Evangelios, las generaciones han vacilado y robustecido tristemente, tristemente los esfuerzos de los enciclopedistas, con la sonrisa de aprobación con la cual los acogen esos singulares creyentes contemporizado es con sus dudas porque así acallan al remordimiento, porque así destierran de sus acciones lo irresponsable y gozan libres en la impunidad de sus maldades que les traen con que pagar la satisfacción en sus variadísimas formas de lujuria y placer á sus sentidos porque estos y otros más siguen turbias sus facultades; asidos, en prolongado y revuelto enraizamiento al solaz y deleite y holganza obligados muy á su sabor á retroceder y el paso volver atrás y atrás, porque no creen, porque se tambalean beodos de sofismas, porque aman más besar de rodillas el tibio torso de sus cortesanas que la fria losa de la tumba de Jesucristo!

Porque á los ejércitos conducidos por San Luis y Bayardo, ha substituido un librito de bolsillo que les hace mirar de reojo ese mis-

terio hondísimo, delante del cual se arrodillaron Monarcas de la talla de Carlo Magno. Papas como Gregorio, artistas como Miguel Angel, genios como Descartes y santos como Francisco de Asís; debemos exclamar que el cristianismo toca á su ocaso.

Es verdad que nuestro gran siglo legará asombro y pasmo á las futuras edades, que en su avidez, por conocerlo todo, por saberlo todo, vá é interroga con la misma audacia al cerebro humano en sus manifestaciones hondamente psíquicas y no desmaya en su afán burlado; muchas veces penetrando su investigación formidable, lo mismo en los abrasados soles que gravitan majestuosos en las ignoradas regiones del Eter, como en las profundidades biológicas de la vida orgánica.

Sorprende su secreto al ayer de la humanidad bajo las capas carboníferas de Neanderthal, y su secreto también al génesis zoológico en los despojos ósicos, informes del fósil, esa página en blanco para todos los sabios anteriores á Cuvier, en donde lee con claridad que estremece, los orígenes y primeras transformaciones en la inconcebible existencia animal en apartados tiempos que registra la geología.

Con la misma rudeza manosea y aísla, escudriña ó desecha las terribles fuerzas que están en los elementos como las creencias, las tradiciones, las ideas, los sentimientos que están en el corazón de todos los pueblos.

Su lógica es extraordinaria, como suya. . .
Dá vértigo seguirlo en su marcha con más agitación y presura que tienen esos viajeros de órbitas incalculables que se llaman cometas; con la misma exactitud pesa en la balanza de su cálculo, los mundos en los azules espacios de los cielos, como la cantidad de alma que contienen los cerebros.

Tiene frases que son otros tantos Sésamos para abrir las muradas puertas de lo desconocido.

Tienen la misma sonrisa para despojar al ideal más hermoso, á la pasión más noble de los corazones, al amor de su espléndida vestidura, obligando á admitir la desnudez horrible de la célula, como asimismo para hacer al hombre invulnerable contra los contagios mortales y devastadoras epidemias.

Su silogismo es invencible, formulado por su rigurosa experimentación científica.

A veces sus audacias tienen en su registro la respuesta afirmativa del intento, co-

mo sus respetos señalan su impotencia para lo inapoderable

Su fuerza ascensional tiene una cadena, el destino.

A veces sus vacilaciones delatan su imperfección.

Su obra es de progreso, pero también de desórden.

Su desprecio por el ideal encontrará un obstáculo, su inmortalidad.

Nutre rebeldías de vasallaje imposible.

Ahonda abismos que no puede colmar,

No admitiendo utopías, sus realidades son desastrosas; en sus ambiciones es malvado.

Quiere igualar en su natural maravilla, al engranaje cósmico de imperceptible ruido y movimiento; y de ahí el delirio de su mecánica admirable.

Intentando el engrane social, por $a + b$, surge la profunda desorganización de las sociedades; una máquina obedece al hombre, un pueblo obedece á Dios.

Sufre antecámaras humillantes delante de dos Antros iniluminables, la cuna y la tumba; á su interrogación sólo está la faz insondable del vientre materno, ese primer misterio de la vida del hombre y el mutismo

irrompible de la eterna exfinge del abismo con el *rixtus* del cráneo, ese espantoso sarcasmo.

Los muertos sólo tienen derecho á la sorpresa sideral del Infinito, y sus escavaciones importunas, sólo obtienen el *bostezo formidable de la sombra*, porque la huesa es la prolongación sin término de una duda.

Ninguna desnudez que haga estremecernos más hondamente como la del esqueleto humano al descubrirlo en posición de sueño, en el fondo negro y húmedo del ataúd; ese nivelamiento desolante con los seres más innobles del mundo orgánico, ese olvido de más en más, profundo sobre lo que fuera con Platón, con Newton, hace pasar sobre nuestras frentes como una ráfaga helada, de ahí su estupor porque lleva en ella esta palabra aquí de vastas proporciones, desprecio!

Jamás se apoderará del por qué, de su existencia en los dos símbolos de un poder extraordinariamente misterioso, la matriz que produce y el sepulcro que devora.

Entre sus obras maestras ninguna más hermosa como la donación á sus hijos de la luz de ese astro sin ocaso que se llama libertad y cuya ausencia es señalada por la abyec-

ta sombra que, semejante al polvo de la muerte, se posa sobre la dignidad de un pueblo; la libertad, esa deidad cuyo índice rígido, extendido, señalará siempre en el camino del progreso el Oriente; esa deidad que tiene el soplo impulsador para las alas del condor en los espacios inaccesibles del aire y el soplo impulsador del sublime en las elevadas regiones intelectuales; que es luz, toda luz; que es verdad, toda verdad; que es sobria de elogios y cuando la incensan tiene el supremo levantamiento olímpico del labio inferior con pudores inviolables que la historia entreveé apenas, con asientos en los picos más elevados de las montañas donde anidan las águilas y en los desiertos donde están los leones, que tiene frases y acentos y gritos que son todo un poema, con serenidades que tienen la misma grave tranquilidad del lago Léman; cuyas severidades tocan al filicidio y cuyos sacrificios son hasta el olvido de los afectos más poderosamente arraigados en las almas con ferocidades, extravíos y violencias que aún en medio de abrumadoras acusaciones revisten el aspecto tranquilo de las grandes justicias; privando en su derecho absoluciones que estremecen encuentra sus excusas en paralelos de una equidad sorpren-

dente. Las miradas de esa deidad tórnanse sin enojo para campos que se llamaron Platea y Salamina y para frentes llevadas por Pausanias y Botzaris.

Nuestro siglo, afirmándola graniticamente en su sólio de derechos y prerrogativas para el talento y la virtud, reconoce que Jesucristo con la pureza de su doctrina, dióle una nueva fuerza de que el paganismo la privara, la fuerza del convencimiento y por ello admite que la cruz tiene tantas auroras como su grandeza ostenta.

La obra de Jesucristo lo alcanzará inmensa, porque en el árbol de sus más opimos frutos, estará siempre la savia de su moral incorruptible, y porque en el fondo de todos sus hallazgos, de todos sus inventos, de todos sus esfuerzos, se encuentra, inequívocable, el bien por la humanidad.

La caridad bajo las formas más radiosas, como las más simples, lo distinguirá, intocable, de los tiempos todos que le han precedido en la vida del hombre.

La imposición á sus hijos, del ejercicio de esta virtud sagrada, es uno de sus más bellos triunfos.

Cumplir como bueno ese legado del Nazareno inmortal, es una de las fases de su hon-

radez, que así lo verifica de un modo tan benéficamente diverso que cual lo hicieran los siglos anteriores á él, tomando en haces á puñados, todos los secretos que robara á la naturaleza misma en momentos de inadvertida confianza que arrancara con todo el aspecto de una violación y llevados entonces al laboratorio de su espíritu en donde tomando por firme base á la observación y por testigo al exámen y al lógico análisis y después de esfuerzos violentísimos para descubrir sin más esfuerzos que la fuerza psíquica lo más profundamente misterioso en la producción del fenómeno, derramando á torrentes la luz para las pupilas de las almas como lo hace el sol para las pupilas de nuestros ojos, formando en su extraordinario movimiento, seres extraños, de enflaquecidos cuerpos, en cuyos cerebros se abriga agitados sin descanso la insaciable avidez del descubrimiento que jamás hace abandonar á esos singulares espías de la vida de nuestro planeta, que comparo semejantes á buzos del infinito en pos de lo ignorado, enderezando todo cuanto de verdad encuentra para alimentar esa llama enorme de la tñea que en su mano lleva la civilización.

El abre los antros del saber para los ham-

brientos de ciencia; ciega las simas de las tiranías para los famélicos de derechos y ahonda los abismos de la sombra para todos los que interrogan el secreto de la huesa.

La caridad es una triple deidad.

La limosna tiene su jerarquía; su primer paso es el óbolo, el último se llama altruismo.

El más simple rasgo de desinterés, como el más grande de los sacrificios, tienen en el fondo sus relativas grandezas; de esto nace su lucha por hacer una igualdad en la producción, en las espontaneidades del beneficio.

El cincel magistral de Buonarrotti, esculpiendo la piedad, y con esa maravilla escultural dando la lección postrera de la belleza romano-helénica, en el conjunto de líneas, en la vida toda que respira, que palpita, que se estremece en ese grupo, por siempre admirable, y la pluma del proscrito de Ginebra, trazando las tempestuosas páginas del Contrato; el uno, así: apartando victorioso al ideal de la vil arcilla, que en repugnante adherencia amenazaba ocultarlo, y el otro al igual de Prometeo, formulando el credo eterno de la libertad!

El grito de ese monje, todo estenuación,

flacura y lástima; pero llevando en su pupila profunda, no sé qué rojizos resplandores de un sol que se levanta, pasando cual fantasma por la celda de un convento, con bruseas detenciones á veces, y después con apresuramientos bruscos, llevando esa vaguedad de contornos que son como los esbozos de las grandes figuras históricas en aquellos que son elegidos para ejecutar las grandes cosas en las grandes misiones sobre la tierra.

El libro de ese solitario, que en mal alumbrada celda, y bajo la capucha de su roído hábito oculta empeñosamente la cabeza, cuyo cerebro recibe todos los choques, todos los encuentros terribles con los cuales le sacude en tempestad desecha la duda á hachazos, hiriendo de muerte, sus vacilaciones y respetos; apareciendo por intervalos en sus anchas pupilas las llamaradas del genio; y arrojado en medio de los fanatismos, de las supersticiones, de los rabiosos errores que semejantes á las anillosas serpientes ó á las torcidas trombas, le rodean, silban, amenazan y vierten su aliento de veneno y odio en el rayo formidable de su palabra, derribando al empuje de esa fuerza, á las tiranías, las usurpaciones, los empeños

de un pasado con sus feudos, con sus siervos, esclavos y señores. Todos estos servicios prestados á los pueblos por esas águilas unidas al carro del porvenir, cómo obligan á la gratitud, y sin embargo, él, nuestro siglo, no los envidia; y parodiando al corso audaz en Postdam, puede exclamar: "tengo los míos."

Qué importa el nombre con el cual se señale el beneficio; el pan llevado á los estómagos está en el mismo paralelo que el pan llevado á las inteligencias.

Una existencia salvada tiene la misma cantidad de heroísmo que la acción del tribuno Virginio.

El calendario de los benefactores de la humanidad no rehúsa jamás la inscripción de un nombre.

En el sacrificio no existen segundos términos; en su registro, nuestro siglo tiene un índice, que siguiéndolo, señalará esta palabra: inmortalidad.

A veces están opacos, oscurecidos por una sombra odiosa imposible de arrancarlos, la *recompensa*.

Otros conservan el mismo brillo purísimo con más luz que las auroras tienen en los rincones del apartado Polo; por eso la vacilación delante de una miseria cualquier-

ra, aún por la más justa de las reflexiones, amortigua el brillo de su aureola.

El puñal de Bruto en Filipo, el suplicio de Rienzi, la hoguera de Savonarola, fraternizan con el calvario en el mismo cadalso luminosísimo por la libertad.

Nuestro siglo, despreciando la impía tarea de un odio inútil, se inclina orgulloso delante de la vida, toda sacrificio para el bien humano de aquél que en la historia de los benefactores citados, aparecerá para siempre en primer término.

¡Qué importa un puñado de miopes, de inteligencia y de cerebros áridos para los levantados sentimientos, repitiendo lo que en obras vulgarísimas leyeran en contra de esa imagen bañada de luz, de esa visión toda resplandores, de ese inapoderable en su misterio; sublime fundador del cristianismo!

Nuestro siglo no se cuida de esa turba; continúa su marcha como Dante, diciendo: "non ragioniam da lor maguarda e passa."

La revolución, difícil de estudiar todavía, que ha comprendido en su seno todo cuanto el hombre puede abarcar y que es propio á nuestro siglo, á llevado sobre Jesucristo su examen con esa violentísima

percepción propia de su genio; y sin investigaciones dilatadas, ni consultas, ni torpes tanteamientos, puso firmeza ya invacilable en el pedestal granítico que le sostiene, con esta declaración simple y grande como todo lo suyo: más alto que Sócrates y Platón con su doctrina, salvó al mundo de una transformación más temible que la del caos verificada por los bárbaros; la desaparición de las almas en la noche de la extinción de la conciencia; es el acreedor de nuestra grandeza porque repara en la moral, cuyas raíces están en el campo que él preparara con la enseñanza de sus divinales preceptos torcidamente adulterados, veces tan repetidas.

No debemos nunca desterrar de la memoria este hecho, que los acusadores del catolicismo se han erguido contra los extraviados de los preceptos evangélicos, contra los que abusaran de ese imperio que reconoce su origen en ellos, dominando absoluto sobre Europa diez y ocho siglos, y no volviendo su severidad contra Jesucristo á quien consideran y debe considerarse siempre el irresponsable de todos los actos oblicuos de la pasión salvaje, en todas sus demostraciones detestables de poder, oro y venganzas.

Jesucristo ofrécese tan puro en la nube desaparecida de la profecía, como en la página legendaria de su suntuosa, por la virtud, vida de amor y de sacrificio.

La injuria que por el pueblo rabino lanzada, fuera á la faz augusta y serena del Redentor, está tan lejos de él, como todas las que se han repetido lanzadas por hombres no menos insensatos que los hijos de esas infelices comarcas.

Jesús pasará siempre sin examen y sin sospecha, por todos los vapores de sangre que se levantan en ese pasado en que el puñal de los reyes, la espada de los conquistadores y el hacha de los verdugos, aparecen como las deidades infernales de no sé qué trilogía horrenda de la muerte.

Los ayes en los patíbulos, en los campos, en los templos, en donde se cegara la vida en combate por esos principios, con más abundancia y prontitud que las hoces en los sembrados con las maduradas espigas; esos ayes que imploran justicia, no llevan consigo rencor para Jesús, quien inocente de crimen tanto, los oye y dice:—sirviéndome de una expresión del egregio poeta francés—"¡y no mirais los clavos que atraviesan mis manos!"

UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE DERECHO

"ALEJANDRO DÍAZ"

1625 MONTERREY, MEXICO

Acompañó al historiador Laurent por algún tiempo cuando juzga la misión de Jesucristo preñada, es decir, prevista y de antemano preparada para arrestar el torrente asolador de las hordas del Norte vomitadas por ignoradas bocas en espantosa confusión y demencia de exterminio, confirmando lo que Isaías expresara cuatrocientos años antes del reinado de Herodes y lo que por los labios del mismo Jesús se produjera, apareciendo el cumplimiento de esa misión tan profunda, tan cósmica en las magnitudes de la idea, tan extrahumana bajo ciertos aspectos de obligación al vasallaje, aún en los elementos mismos de lo inconsciente, que dominado por un vago estremecimiento de lo desconocido, se confiesa gustoso, en atento estudio sobre esa misión cuya talla sobrepasa á las más grandes de la tierra, razón tuvieron para deificarle porque debe ser así.

Los cambios, las inovaciones, las disputas, las interpretaciones más ó menos audaces, los concilios tumultuosos, las amenazas, los terrores y las torpezas de todo género, crearon debilidad en el catolicismo, surgiendo pálida en la mitad ya del siglo trece, pero no pusieron ni la más ligera bruma sobre la áurea imagen del Salvador, porque—insisto

en ello—jamás gravitará la oleada negra de la responsabilidad sobre su doctrina, en la cual no existe ni una sola máxima que no sea honradísima y perfectamente moral y bienhechora.

El simple hecho de morir por la libertad ya lo hace sagrado.

El haber llevado á seguro puerto la barca de la civilización que naufragaba en el mar de la barbarie, lo hace sideralmente invulnerable.

La redención de la mujer, ese hermosísimo prodigio de la creación inmensa, lo presenta á la gratitud y respeto humanos entre los apóstoles del bien, alzándose entre ellos, á semejanza del majestuoso Guaysancaguar en la cordillera del indico Himalaya.

Lo que breve y disaliñadamente acabo de apuntar en las anteriores líneas, Victor Hugo lo expresa con esa sencillez sublime que llevan sus pensamientos propios de su génio á veces en su desnudez conmovedora y otras con ese lujo de *draperie* veronesca sin tocar nunca la ampulosidad gongórica tan abrumadora cuando se abusa de ella.

Hacer originales, asuntos tan estudiados y cuadros y personajes y escenas que han pasado repetidamente bajo plumas maestras.

era empresa sólo para su magnífico talento, saliendo no sólo triunfante de ella sino con un éxito más allá de lo que pedirsele hubiera podido.

Fácilmente se olvida al poeta delante del pensador y siendo tan grande en la poesía lo es más, mucho más en el campo del pensamiento.

Para mí tengo que se halla sin rivales, comprendiendo con todos los helenos y romanos, Shakespeare al inglés. No me juzgarán lejos de la verdad los que son capaces de manejar á esos colosos de la idea, y malgrado el mezquino apóstrofo hijo de la envidia de esa pobre figura literaria que lo sustituyera en la Academia no sólo será el gran *francés* sino que pasará á la posteridad como el poeta más grande que ha producido el mundo.

Sírvame la admiración que en mí se abrigará siempre por el autor de la *Epopéya* del Gusano para escudar mi atrevimiento al ofrecer al público esta traducción, en la cual he procurado conservar intacto el pensamiento tal como saliera del molde intelectual de Victor Hugo, sacrificando en parte como se observará la forma castiza para darle en cambio á ciertas voces francesas, en equivalencia al menos, la energía salvaje, la ternura

arrulladora ó la profundidad de la imagen que para los conocedores de los dos idiomas tienen, literariamente hablando, bien entendido.

Puede ser que me equivoque, pero sospecho que es la primera traducción que de esta obra se hace al castellano y si esto sucediera, aumentaría al saber que fué recibida con benevolencia, perdonando las faltas que hallarse deben, el natural goce del traductor.

Para terminar, diré: que llevado por la vehemencia de mi amor á Cristo y á la libertad y también por el torrente de la historia, tal vez en el curso de este Prefacio haya puesto algunas palabras que la intención torcida haría aparecer en un sentido que yo nunca puse en ellas; rechazo por lo tanto toda interpretación odiosa que dársele quieran á mis pensamientos, declarando que todos llevan consigo la pureza de mis intenciones.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

IMPRESA DE LA UNIVERSIDAD
DIRECCIÓN GENERAL DE IMPRESA
"PATRIAS RAYES"
Apto. 1025, MONTERREY, NUEVO LEÓN

PRIMERA PARTE

LA PRIMERA PAGINA

¡Antros negros del pasado, pórticos de la duración, sin fecha sombría é incommensurable!

Cielos anteriores al hombre, caos, mundo terrible y lleno de seres prodigiosos.

¡Bruma espantosa en donde los preadamas aparecían, en pié, en la sombra sin límites, ¡quién podría sondearos, abismos de tiempos desconocidos!

El pensador, que al igual de los pobres sigue con los pies descalzos, por respeto para aquél que no se vé, marcha y escarva la profundidad y el origen de las edades; escarba y busca más allá de los colosos; más lejos que los hechos de los cuales el cielo es testigo ahora; llega palideciendo á las cosas sospechadas y encuentra levantando tinieblas de años, y capas de dias de mundos, de nada, los siglos monstruos, muertos bajo los siglos gigantes, y es así como piensa en el fondo de las noches el sabio cuyo rostro ilumina un reflejo del abismo.

Vé después, que el mundo empezó por ser horrible y que antes que la frente se levantara al beso del espíritu; antes que dominando al animal y á la planta, el pensamiento habitase la pupila espresiva, y que Adán, conduciendo por la mano á Eva, apareciese, el bosqueje hormigueaba en la naturaleza ardiente.

El pulpo de antenas nudosas, el *torpedero* de estrellada forma; inmensos gusanos voladores de alas anguladas; altos mamudes velludos nacidos en los limos negros, turbaban las ondas de los ríos ó levantaban sus trompas sobre los montes; por entre enmarañamiento de las selvas inundadas; co-

rrían los mil pies, largos de quinientos codos.

Volbosas gigantes se torcían á través de los glaucos oceanos; el sér era espantoso, la vida era deforme.

Arrastrábase por doquiera, lo impuro, lo horrible, lo obscuro, lo enorme.

La gusanería habitaba el globo en completo desorden.

El hombre no existía aun; Dios no queriendo dar ese espectáculo al alma humana.

En ese lúgubre y feroz dominio, Satán pasaba, como un cazador, que hace oír su cuerno robusto.

Más allá de este tiempo el mundo era más sombrío aún, presentando el universo el aspecto de una silenciosa humareda y como se tienen pájaros aprisionados en la mano cerrada, el horror tenía cautivos al germen y al elemento.

Un todo que no era nada vivía confusamente.

Apariciones flotaban sobre lo insondeable en el fondo de esta extraña y formidab'e bruma, como si el abismo— aunque nada fuese castigado aun— pretendiese sepultar al infinito.

En los reflejos de las visiones fúnebres, se

veían abrirse y cerrarse las gargantas de las tinieblas.

Por doquiera aparecía, hecha con obscuridad, la faz de la nada; siendo á intervalos el fondo, lo que era la sima; y como una nube se posa sobre un abismo, en esta sombra por do rastreaban las larvas de los cataclismos, el monstruo Noche se cernía sobre la bestia Caos.

Entonces Dios levantándose dijo á la sombra: Soy yo."

Esta palabra creó las estrellas innumerables.

Y todo esto pasó como un sueño de muchos años.

Noé se hallaba abstraído; el cielo cubierto de nubes; allá á lo lejos se oían cantos y el ronco vocear de los seres desgraciados á quienes un soplo iba á doblegar.

De pronto una nube dejó caer una gota de lluvia sobre la frente del patriarca, entonces Noé, seguido por los suyos, entró en el arca.

Dios pensativo, corrió por fuera el cerrojo.

El mal se había filtrado en el hombre; ¿por donde? por el idolo; por la áspera abertura que ahonda un culto horrible en el alma humana, tenebrosa entonces.

Esos tiempos negros adoraban al espectro Isis-Lilith, aborto infernal, monstruo mujer, imposible que Satanás hiciera con la sombra para que Adán gustase la hiel antes que dulzura alguna y el beso del abismo antes que el del cielo.

Los cuervos la rodeaban con sus vuelos angulosos.

Los hombres le llamaban suerte, fortuna, ananké.

Su templo no tenía entradas, su sacerdote siempre enmascarado

Bebía sangre en el bosque solitario, tenía altares espantosos y la tierra soportaba esta abyección y doble obscuridad:

Abajo, la idolatría; en lo alto la fatalidad; de modo que todo era duelo y temor de tiempo atrás.

El justo—uno solo quedaba—esperaba la muerte santa como un cautivo espera el término de su sentencia.

El tigre en su caberna y el tope en su agujero, habían dicho y repetían."

"El hombre comete crímenes."

Un vapor negro subía á los grandes cielos; humareda de espesas olas formada por las acciones sombrías.

El azul, perdiendo sus rayos puros, por

instantes parecía lleno de horribles telarañas, en las cuales el aracnida humano hubiese aprisionado á las estrellas, porque en esos lejanos tiempos, velados por las tinieblas, en que la naturaleza y el hombre se hallaban confundidos aún, en el eter los crímenes se esparcían cual desastres y los vicios llegaban hasta el cielo á extinguir la luz de los a-tros.

El mal salía del hombre y subía hasta Dios.

El carro del crimen llevaba sangre hasta las yantas; el asesinato, el atentado, las lívidas lujurias reían, bebían, cantaban, reinaban.

Los hijos ávidos, soplaban, sobre sus padres, como sobre una flama.

Lo que la muerte, sentada en el dintel negro de la tumba, veía de horrores, hacia hablar á esta muda.

La lechuza huía espantada de la noche en que yacía el corazón humano.

La ignorancia indignaba al asno.

Las cobardes celadas, los dolos y las traiciones avergonzaban á las serpientes.

Mirando Dios que el hombre había llenado su alma inmunda de abismos, dijo al antro: "llena el mundo!" y la urna del antro

se inclinó entonces y vertió su cólera: el día huyó instantáneo y todo lo que vivía y marchaba fué noche.

Eva muerta se estremeció en su tumba profunda

Después todo había desaparecido; la onda subía sobre la onda.

Dios leía en su libro y todo fué destruido.

En el cielo, por momentos, se escuchaba el ruido que harían las hojas de un registro que se vuelven y se examinan; el abismo únicamente sabía, en su siniestra bruma, lo que había sido del hombre, de las voces, de los montes,

Las copas de los cedros se unían en las ondas á las algas marinas.

Las olas entraban y salían en las cavernas de las bestias, abiertas en las otras montañas.

Las aves, fatigadas, caían unas después de las otras.

Bajo este mar, rodando por todos los horizontes, durante algún tiempo se habían distinguido casas, ciudades, palacios deformes, fantasmas de templos, cuyas cúpulas hacían temblar las olas; después el angulo de los frontones y la blancura de los corni-

samientos habían desaparecido en el fondo de las aguas en pliegues confusos.

Todo érase borrado en el horror del abismo sombrío.

La cúpula líquida subía hacia una bóveda de sombra.

Por momentos, bajo el granizo, allá á lo lejos se podía ver pasar sobre el lívido horizonte un cofre negro; se hubiera dicho un ataúd flotando en esta tumba.

Los torbellinos bramando rodaban la espuma en tromba.

Resplandores vibraban en la redondez de las olas.

No era día ni era noche, sollozos y sombra.

El viento no traía ninguna luz.

Parecía que el abismo había devorado á la aurora.

En los cielos, transformados en abismos indecibles, la luna y el sol se habían desvanecido.

La espantosa inmensidad no era más que una boca negra que sufría la lluvia con un ruido feroz.

La lluvia y el viento pasaban retorciéndose, en espirales monstruosas, se hubiera dicho que en medio de este abismo rugiente se oían los gritos del horror eterno.

De pronto el ruido se acalló, el viento plegó sus alas; sobre la más alta cima la onda enorme al fin se detuvo, porque el elemento conocía su misterio y su regla.

La última ola había ahogado á la última águila; después nada; en el inmenso Universo castigado no se vió más que al agua que se callaba en la sombra, habiendo terminado su misión; el silencio invadió la lúgubre extensión.

La tierra, esfera de agua, en el cielo suspendida, sin gritos, sin voces, sin movimiento, sin día, sin ruido, no era más que una lágrima inmensa en la noche.

En ese momento estando todo en lo insondeable, una fantasma apareció sobre la onda terrible; este gigante era tromba uracán y torrente; las hidras se retorcían en sus hojos transparentes.

Parecía aun lleno de la tempestad pasada; su cara de agua temblaba bajo sus cabellos de lluvia, y he aquí lo que la sombra espantada oyó.

Volviéndose el gigante hacia el abismo maldito gritó:

"Caos, vuelve á tomar este mundo!" una cabeza surgió de la bruma profunda; ciega, enorme, horrible, al otro extremo de los cie-

los, teniendo dos negros antros por ojos, y dijo:

"No lo quiero, diluvio!"

El diluvio:

"Vuélvelo á tomar."

El Caos:

"Nó."

Diluvio;

"Ha sido rechazado."

Caos:

"¿Por qué Juez?"

Diluvio:

Por El."

Caos:

"¿Por qué?"

Diluvio;

El gusano se ha deslizado en el fruto; el condenado de aquí ha puesto en la noche el mal en el corazón del hombre á través de la naturaleza; el hombre, entregado al error, á la impostura, ha descendido de vicio en vicio hasta el crimen. hasta ser viciosa, y ha mordido; el talón del Señor. sintió el contacto, y esto es lo que ha hecho Satanás, que vive debajo de la tierra á Dios que vive en los cielos.

Este mundo por ser malo y negro, el

Sér Eterno lo deja caer; monstruo, tú puedes tomarlo una vez más.

Caos:

¿Por qué me lo quitó si tenía de volverlo á mi poder?

Diluvio:

Sobre los montes he rodado esta ola sombría y tonante.

Todo está muerto; he terminado; recibe en el fondo del abismo en que estamos, á este mundo.

Caos:

¡Monstruos imposibles tengo ya, no quiero hombres!

El relámpago gritó:

¡Silencio! á los pies de Adonai.

Y el Caos enmudeció en el abismo.

Y el arcángel que vela entre las dos columnas del dintel misterioso. lleno de ojos, que son astros, se inclinó bajo el azul no osando dar un paso, y dijo á Dios viviente:

"El Caos no lo quiere, y Dios exclamó: Consiento en que este mundo vuelva á vivir."

El agua bajó como una marea que se aleja de la costa, y las olas monstruosas descreciendo por grados, descendieron de los altos montes.

Sobre la tierra una voz dijo: ¡Clemencia! El cráneo descarnado de la inmersión inmensa, apareciendo, el horror iluminó bajo los cielo á este cadáver sin aliento, sin forma y sin ojos; como también á las rocas, los valles y los bosques anegados que pendían en desordenado follage sobre su frente de mármol.

El antro, dó las negras sentencias en la sombra eran escritas, semejava la boca abierta, aún llena de gritos.

Los montes salían de la agua como una espalda desnuda.

Como la onda que se evapora en la cápsula de bronce, disminuye; así el océano se alejaba dejando lagos amargos.

Las pocas aguas que permanecieron, son ahora nuestros mares.

Todo lo que la ola pierde, la tierra lo gana.

La isla, agrandándose, se transformaba en montaña; los archipiélagos, prolongándose, llegaban á continentes.

Con su torso monstruoso, empujando los goznes giratorios, el diluvio cerraba sus invisibles puertas.

Las tinieblas dormían sobre las profundidades extintas y dejaban apenas distinguir

la osamenta del globo que las aguas descubría lentamente.

De pronto, reverberando en la frente vaga de las cimas, un reflejo de sangre se deslizó en los abismos, y se vió en el horizonte lúgubramente rojizo, surgir una luna roja, era el Sol.

Durante cuarenta días y cuarenta noches sombrías, la mar, dejando á descubierto espantables escombros, retrocedió, depositando el Arca en los montes cerca de Henochá, después este león, vuelto á su caverna, se acostó.

Dios permitió al sol lanzar su chispa; después un ruido, de la sombra universal; el día apareció; tomó su antorcha que palidecía y vino.

El viento, clarín de la aurora, volvió á soplar; un estremecimiento corrió de colina en colina; la inmensidad se conmovió sintiendo sobre ella un aliento; la montaña sonrió, despertose el desierto y la yervita al borde del arroyo dijo: héme aquí.

Pero todo estaba feroz y siniestro aún.

Era en una tumba en donde se levantaba la aurora.

Después, nuevos días brillaron; la tierra

tornó á sér viviente, pero todo como antes volvió á estar lleno de espanto.

La sombra estaba sobre Babel, y el horror sobre Endor.

En la mañana, veíanse, cuando la aurora de su carcax de oro lanzaba á los astros sus blancas javelinas, hombres monstruosos sentados en las praderas; oíanse formi tables voces, hablando; y se miraban gigantes yendo y viniendo por los bosques.

Entonces vivió Nemrod y como la enciua es más alta que los olmos, así él sobrepujaba con su enorme estatura las estaturas más altas.

Su abuelo fué Cam, el hijo de la risa infame, y cuya alma, Noé arrojara á la noche eterna.

Caín sentado, sobrepasaba á los colosos de pié y él de pié hacía prosternar á los colosos; en Africa dos leones le servían de lebreles.

Atlas y el Líbano salvaje con su cima negra, temblaban cuando tocaba la flauta en las calurosas tardes; á veces en la tempestad, habriendo sus vastas manos, trataba de asir al relámpago de pálidos ángulos, al paso; espantoso, lívido, saltaba de roca en roca y delante de él, el trueno huía como un insecto alado.

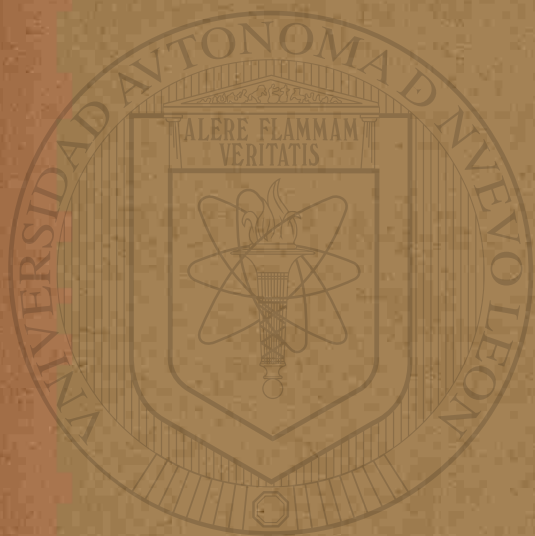
Si pasaba el huracán, le buscaba pleito.

Cuando fué viejo, Nemrod le dejó morir solo; habiendo reído como hijo, lloró como abuelo.

A estos gigantes, sucedieron nuevas generaciones de hombres en que disminuían las tallas de los cuerpos y aumentaba la talla de las almas.

El dominio infame de la fuerza en las selvas fué dominio con otro nombre, pero no menos infame con los pueblos.

El hombre creció inmenso en el crimen, no sirviéndole la leyenda del sombrío pasado, sino para avivar su empeño en sobrepujarle.



SEGUNDA PARTE

I

La tierra bajo el yugo del tercero de los Césares

En esos tiempos el mundo se hallaba sumergido en el terror.

Caifás era gran sacerdote, y era emperador Tiberio,

Herodes, rey de los judíos, gobernaba, pero sometido á Pilatos.

Roma era la nube en cuyo vientre el rayo estalla.

Jerusalem era el asno paciente que se guía á palos.

Los procónsules, sentados, ostentando la púrpura en sus vestidos, con la barba sobre el puño y teniendo al rey por satélite, reemplazaban sobre el pueblo israelita á los Faraones de mirada fija y misteriosa.

Algunos altares humeaban, mas eran de güebros que Roma toleraba, porque tenía dioses en demasía para creer con cólera. Tiempo fatal! César rey, todo lo demás esclavo. La conquista romana sumergía inmensa á los pueblos que había apresado uno después de otro; esta ola compacta aumentaba y de más en más invadía á la tierra en donde los pensadores decían: "¿qué es esto?"

Lúgubre fué esta inundación creada por Roma; el imperio parecía por doquiera como una marejada insalubre y aumentaba como un río que desbordado se esparce y desparra por en medio de las selvas y lentamente iba cambiando al universo en pantano.

Los doctores, teniendo sus libros santos por cima y por refugio, meditaban sobre este segundo diluvio.

Los sacerdotes, esclavos de sus textos, que ponían sobre todas las cosas, y los hombres en extravío y tumulto apercibidos en el

abismo, dejaban deslizar bajo ellos esas sombrías avalanchas; semejantes á las serpientes que rodean los troncos con sus anillos movibles.

Un pueblo ordenaba, el mundo obedecía, se inclinaba.

Los jaguares, los leones, los osos atrapados en el lazo; el tigre temido aun por su propia hembra, rugían bajo los pies de Roma confundidos con las naciones en la misma trampa.

Por doquiera, el servilismo hablaba en voz baja.

La única grandeza del alma era, ¡el qué me importa!

La fuerza era el derecho.

¿La conciencia? reptilidad bajo la pisada del poder; se miraba el altar y también el juramento á la cara y se perjuraba y el himno juuto con el escarnio reían y el alma humana era disminuida.

Lo honrado y lo nefasto, el mal y el bien, se borraban de los corazones.

El hombre no veía nada más que una ne-grura creciente encima de su cabeza.

Un resplandor rojizo de antorcha iluminaba la cima del Universo sobre la cual marchaban los conquistadores.

Los unos eran pequeños, los otros eran grandes; nada puro, santo, venerable y justo.

Del mismo modo que de Octavio hubiera podido nacer Augusto, del fango por doquiera surgía la autoridad.

El destino tenía el aspecto de un abismo irritado.

La sombra se cambiaba en odio en torno del alma; el oro olía bien; el sabio era quien censuraba la virtud, el deber, la fe, el sacrificio.

El más próximo á la verdad era quien mentía más.

La muerte reinaba, con los lictores por ministros.

El género humano pendía en dos harapos siniestros, como si Dios lo hubiera desgarrado con sus manos; los hombres de un lado, del otro los romanos.

II

HERODES Y CAIFAS

Bajo la garra desdeñosa de Roma fatigada, vivía la realeza de los judíos que legara Herodes Ascalonita á Herodes Antipás. Es-

te idiota mezclaba el asesinato á sus festines mirando á Herodiades danzar desnuda.

Había vuelto á dorar el águila que en la nube su padre esculpiera para el frontón del lugar santo, porque para lisonjear á César estos reyes insultaban á Dios.

Cerrada con muros, hubo la real madriguera, en donde sobre un lecho de púrpura y oro, su padre apellidado el grande, fué comido por gusanos.

Pavos reales discurrían por los jardines, siempre verdes, en cuyo fondo lucía el lago, llamado baño del Tetrarca, en cuyas aguas bogaban dulcemente barquillas de pescadores.

Como otro cualquiera tiene perros tendidos á sus pies, este rey tenía filósofos griegos, atletas y mimos, llevando á cuestras su fastidio, el peso sombrío de los crímenes. Con el dinero que adquiriera de un peaje impuesto á las caravanas de Ur, Ofir y Jessé había hecho murallas de ladrillo á sus palacios, por que desde tiempos remotos, los mercaderes del Africa venían desde las profundidades del desierto calcinado, trayendo dientes de elefantes, cenea, álcalis, pieles de búfalo, goma y púrpura verde para los procónsules de Roma.

Caifás, después de Simón, fué nombrado gran sacerdote; no era una alma inclinada á los misterios; no era uno de esos solitarios quienes para sondear el sentido resbaladizo y tenebroso de los profetas, luchando confusamente entre ellos, conservan encendida por noches enteras la lámpara al lado de sus lechos y quienes piensan, inclinados sobre estos libros huraños en donde se oye el chasquear de las espadas del espíritu.

Demasiado pequeño para la tarea augusta que emprendiera Aaron, es decir montaña, tortuoso tenía al fraude por compañero.

Los ojos de Herodes eran sinceros al lado de los suyos.

Su miel era veneno.

Los jefes fariseos, Banaías, intendente de Efer; Juan el Ecónomo; Maces, á quien Pilatos había dado para administrarlos todo el país de Horeb y todo el Nephath de oro, venían á hablarle en voz baja, en el santo pasadizo.

Temía la pereza de la culebra fría; era lo que rastrea y de pronto se yergue; casto con las mujeres, temía al demonio que en sus voces se escucha, pero esas castidades hacen quemar á las sodomas.

Como sacerdote, era de esa especie de

hombres, que, si el Senado vota un auxilio para los pobres, dicen: "No; el Estado mismo está indigente," pero que encuentran útil y justo, que se abrume de deudas el tesoro siempre que se trate de construirle cualquier templo á Tiberio:

Caifás hubiera mostrado camino á las raposas; era un hombre sombrío y al mismo tiempo manejable; reía á través de la sombra de su pensamiento; pero se sentía uncubierto de un sudor helado, delante de esta alegría cubierta con una mortaja.

Rosmofin de Joppé le ayudaba en los asuntos civiles.

III

EL QUE HA LLEGADO

Ahora bien, entonces la atención pública de aldeas y ciudades se ocupaba de alguien sorprendente, de un hombre radioso á quien seguían los ángeles con la vista de sus milares de ojos.

Este hombre, á quien acompañaba el rumor creciente, parecía un dios descendiendo en la tierra; se hubiera dicho un pastor juntando sus rebaños.

Los publicanos, sentados en las oficinas de los impuestos, se ponían de pie cuando pasaba abandonando todo por seguirle. Este hombre parecía vivir fuera de este mundo y durante que la multitud, en torno de él se agitaba, parecía tener visiones que le enmudecían. Entraba á las ciudades, huía á las soledades, dejando como un rayo de luz en los ojos de las multitudes.

Los campesinos, al caer de la tarde, turbados con su resplandor, le veían á lo lejos pasar por entre los trigales y abriendo la mano que aumentaba inmensa y parecía arrojar á los vientos de la sombra una simiente.

Se contaba su vida; cómo había sido por una virgen dado á luz en el fondo de un establo, bajo los rayos de una estrella, en serena noche; cómo el asno y el buey—la ignorancia y el trabajo—pensativos estuvieron en su nacimiento y bajo el cielo se inclinaban teniendo el aspecto de esperar vagamente.

Se contaba, que su talento era profundo;

que era serio como aquel que funda algo, que enseñaba el alma á los sentidos y un fin á los perezosos; que censuraba á los grandes, á los sacerdotes y á todos los que marchaban rodeados de picas; que había curado á los hidrónicos, á los paralíticos que inmóviles por más de veinte años en sus lechos, al dejarlos llevaban á la espalda su cama; su mirada fija llamaba fuera de la tumba á las vírgenes; los ciegos y los sordos—oh! destino, tu sumerjes á los unos en la noche y á los otros en el silencio—le veían y oían; se allegaba al leproso, en su vil guarida, aislado con sus pústulas; sus dedos tenían las llaves invisibles de las llagas y las cerraba.

Los corazones vivían siguiéndole y marchaba sobre el agua sombría y amenazaba al viento.

Había expulsado á siete monstruos de una mujer.

El enfermo incurable y el pescador desvalido, le imploraban levantando las manos temblorosas; salían de su persona, virtudes que los salvaban.

Un hombre vivía entre los sepulcros, adusto, mordía, semejante al lobo de los bosques; á veces se le amarraba pero rom-

pia las ligaduras y huía, impulsado por un demonio, á los desiertos; el Maestro se allegó y besándole le dijo: "la paz contigo, hermano," y el hombre, en quien cien demonios parecían rugir, exclamó: "gloria á tí!" y repentinamente hablando en su juicio, sonrió; lo que llenó de espanto á los que por allí pasaban.

Este profeta honraba á las mujeres económicas; en Gessé habia resucitado á dos hombres, matados por un bandido llamado Barrabás.

Osaba en sus curaciones violar los *sábatts*. Volvía la vida á los nervios de una mano ya seca.

Y ese hombre igualaba á David y á Mardoqueo.

Un día, este enderezador de los torsos que se doblan, viendo unos mercaderes en el dintel del templo, tomó un látigo; parecidos á las ratas que las águilas desentierran, todos estos mercaderes, enjambres inmundos, se aterrorizaron ante su faz purpúrea por celestes arreboles; severo echó por tierra las mesas de los cambiadores y el banquillo de los que vendían palomas.

Su ademán sobrehumano abría las catacumbas.

El árbol que él miraba cambiaba sus flores en frutos.

Un día que los doctores instruidos en la ley santa le decían: en el cielo, hollado por el pie divino, ¿quién será el más grande? tomó un pequeño niño y lo puso en medio de ellos.

Tranquilo, obligaba á la turba de los espíritus del mal, á precipitarse en las inmundas bestias.

Este mago era más grande que Isaías y más que todos esos oscurecidos viejos venerables esparcidos en los reflejos de la vertiginosa y sombría profecía.

El hombre del desierto, Juan, al lado de este Mesías no era más que una caña sacudida por el viento.

No era docto, pero era sabio.

Conversaba con las cosas desconocidas, que ve en las nubes, el hombre dormido cuando sueña.

Luces venían á hablarle sobre los montes. Lavaba los pecados como se lava la lama de los ríos.

Libertaba al espíritu del fango carnal. Satán huía delante del relámpago de su pupila.

Sus milagros eran, la expulsión del mal.

Calmaba los huracanes; harengaba al animal y á veces se veían nacer rosas á su paso, y su madre guardaba en su corazón todas estas cosas.

Los muertos, teniendo cuatro días de enterrados, se levantaban á su voz.

Para los famélicos, los panes multiplicados salían de sus manos puras.

Esto era lo que referían las multitudes.

Las exclamaciones, los murmullos del pueblo—niño que reclama un apoyo, rodeaban á este hombre, se le adoraba y él era de dulzura lleno.

Los discursos, los dichos que caían de sus labios eran semejantes á una mano celestial que os tocara, él decía:

Los últimos son los primeros.

El fin es el principio. No hagas á tu prójimo lo que no quieras que te hagan á tí. Se cosecha el duelo cuando se siembra la muerte. El que se arrepiente es grande dos veces. Por el bien se defiende uno del mal. Que el pozo sea profundo, pero que el agua esté clara.

El decía:

Mirad las cosas sin cólera, porque si el ojo es malo, el cuerpo es tenebroso.

La aurora pertenece á los gentiles, pero

también es para los hebreos. Comed el fruto de los bosques; bebed el agua de las fuentes; ni tengáis zapatos, ni morrales, ni bolsillos. Entrad á las casas y decid: "la paz con todos!"

Nadie está exento del pliegue sublime de las rodillas, luego cualquiera que seáis, orad, inclinad vuestras frentes.

Dios presente de noche no está ausente de las bestias: vive en los leones como en Daniel.

Errar, siendo humano, es venial caer. Absolved al pecador, condenando la falta. Se agrega al espíritu lo que á la carne se le quita.

Llevaba cuenta de todo, en los hechos accidentales.

Al pueblo que lapida decía palabras tales, que ninguno osaba tocar á la primera piedra.

Odiaba al odio y combatía á la guerra.

Al esclavo en venta, le decía: "se mi hermano," y tranquilo pasaba como un perdón viviente.

Blanqueaba al siglo en torno de él, de manera que los justos.—cuyas almas no están muertas,—en esos tiempos sin piedad, sin pudor, sin amor, podían ver al desper-

tar, dos puntos en el día: la aurora en el cielo, en la tierra este hombre

Este ser, era demasiado puro para ser visto por Roma; por lo tanto los judíos, en su templo obscurecido y su rey cobarde y triste, andaban eñtosos con su presencia.

Caifás, olvidándose en su silla de marfil, pensaba.

Herodes, ignorando lo que debía creer, llegaba hasta decir: "parece que existe un cierto Jesús de Nazareth."

Algunos hombres, de esos que no saben leer, pobres pastores, apoderados de no se qué delirio y por el encanto de oírle hablar, le seguían, le amaban tanto como los hacía estremecer y mostrándolo al pueblo, decían: es el Maestro. Uno de ellos, viejo ya, parecía, al lado de este hombre nacer de nuevo, y el más joven, casi un niño, también á su lado, conservaba el aspecto de un abuelo, pensativo, gravemente deslumbrado.

Los unos, humildes, ofrecían sus corazones como urnas y estos hombres, semejantes á las lámparas de la noche, adorando un sol en una visión, iban delante de este Maestro absorto y le rodeaban como una aureola de almas.

IV

LAS TRECE PUERTAS DE JERUSALEM

Allá, en los pasados tiempos, Stelial, el ángel de las cuatro alas de llamas, dijo un día al sombrío Zorobabel, cuando este albañil, portador de una escala del cielo, hubo rodeado á Sión con murallas muy fuertes.

¿Por qué has hecho á la ciudad trece puertas?—y Zorobabel dijo: la Nínive, de las anchas torres, tuvo tantos pórticos como el año tiene días, para que jamás el tiempo que del cielo viene, permaneciese afuera—Y bien, dijo Stelial el arcángel cubierto de ojos, el Zodiaco, teniendo doce signos en los cielos, doce puertas eran suficientes, mago imbécil, para que cada una de las estaciones entrara en la ciudad.—Ángel, replicó el albañil magistrado, tengo hechas trece puertas á fin de que el porvenir entrase.

Todos los años pasarán por las primeras los doce meses llevando doce luces, puras, benditas, conduciendo de la mano á cada estación; por la decimatercera, la traición debe entrar.

V.

LA JUDEA

Innumerables chozas esparcen sus humaredas desde Arphac hasta Borceos en las seis Idumeas.

La Judea está siempre dorada y verde bajo el azul del cielo; tiene montes; tiene bosques y lagos; su aire es puro; el viento del Sur la agita y el viento de Este lo calma; Roma aprecia sus vinos, al igual del aceite de palma; el de olivo corre abundante en sus aprensadores.

La sombra del Sinaí la cubre al caer de la tarde.

La Judea es un país en el cual de tiempo en tiempo pasa un resplandor de Dios que se pierde en el espacio.

Al ponerse el sol, es el Egipto, esa llanura de trigal, en donde las negras tumbas de que los pozos están llenos, contienen las momias que conservan pendiente del cuello el espejo de oro macizo para reflejar al enjambre de los espectros, de las lamias, de los estrigios y la paz terrible de los demonios.

Al medio día, los chacales, las ratas sal-

vajes y los ichneumoues invaden al desierto. Al Norte la mar murmura.

En Judea se levanta la co-echa dos veces por año, la más pequeña siembra produce una carga de maíz.

Lo que va á pasar, lo que sucederá en ese país fatal, forma una nube oscura en el porvenir y turba el sueño de Abraham, enterrado en la doble caverna do aparece la brecha abrupta y el dintel derruido del campo de Efron, vecino al de las encinas de Mambré.

VI

Las palabras del Doctor de la Ley

Dos sacerdotes, con túnica de ortiga, velan, uno, á la entrada y el otro á la salida del templo que Salomón hizo construir por Oliab, con la madera del rey de Tiro.

A pocos pasos de los sacerdotes, que parecen acallar los mil ruidos que de la ciudad se levantan, está Sadoc, juez y doctor, quien delante del terrible lugar en donde brilla el arca de Dios vivo, severo habla al pueblo.

Está solo, sentado en su silla, y que entren ó salgan no se detiene y continúa

Viste el taled blanco de donde pende el zizith de cinco nudos.

El dogma sombrío llena su mirada vertiginosa. Algunos creyentes están á su lado; unos leen en sus libros en tanto que él habla; otros están tendidos á través de la puerta y pasan sobre ellos; un plato brilla á sus pies que recibe los donativos.

La turba es numerosa en torno del sacerdote, viejo coronado por un resplandor de ciencia.

Tranquilo y grave despliega sobre su frente lo que los siglos leerán uno después del otro, el texto santo escrito sobre el místico.

Enseña al pueblo la fé, el rito, la práctica; á veces agita los labios y cada vez que levanta un dedo hacia el firmamento, sobre cogidos, asombrados delante de la insondeable plegaria, todos juntos, estremeciéndose, dan tres pasos atrás. él les dice:

He aquí la ley; guarda silencio, Israel; pueblo, cree en Dios verdadero, distinto uno; personal, solo, único, increado, viendo siempre lo que hace el hombre.

Dios es el acreedor que desea toda la suma; es el celoso que quiere todo el corazón; es la mar, cuya ola rechazada por la tierra, se vuelve amarga.

Dios, si es rechazado por los hombres, se venga.

Pueblo, observad el día santo ó temed al angel que se cierne sobre el impío y con un soplo lo derriba.

El más pobre tiene su lámpara, y en el *sabbat* debe encenderla, aunque mendigue el aceite.

Nuestros padres, ese día purificaban la ciudad; esos hombres, que vivieron á la sombra del palmero, fueron santos y siempre llamaban á Dios primero que cuanto existe; este respeto les hacía vivir seiscientos años.

El *sabbat* es el día en que las sombras de los condenados pueden volver á sus lechos infernales.

Sepher mató á Phiné; Aod mató á Sepher; estos asesinatos no son nada al lado del dogma que se infringe y del *sabbat* que se desprecia.

Moisés en su tumba y Jacob y Job, tienen menos espanto, ¡oh judíos! de la sangre del hombre, que de la sangre de la ley.

La hiel es amarga; el membrillo es ácido, pues bien, judíos, la impiedad es la hiel.

El homicida, pálido y seguido de niños que escupen tras él, marcha por la ciudad,

con sus cabellos largos; la mano derecha atada al cuello con una cadena, pero el impío tiene su espectro crucificado en la Gemonía; el hombre gravita sobre el primero, sobre el segundo Dios.

En estos días santos guardad silencio; no encendais fuego.

La salvación en el cielo, es en la tierra ejemplo.

Dios viene con la plegaria; entra en el templo tan pronto como la puerta se abre y siempre que sean diez los orantes; por lo tanto practicad la ley.

Temblad si os maldicen, el anatema entra en el cuerpo del maldito y le atraviesa.

Theglat fué rey de Egipto; Azer fué rey de Persia; Gad los maldijo, y desde entonces el infierno se apoderó de estos reyes, quienes veían si hablaban una llama mezclarse á su voz.

Cada texto es un índice señalando lo que debe seguirse; si no haceis lo que prescribe el libro, sereis tan desgraciados como aquél que en sueños viera caer sobre su cabeza las vigas de la techumbre.

Tres compañeros nos legaron nuestros antecesores.

Aorón, para enseñar, ha delegado cien sa-

cérdoles; once para gobernar y diez y nueve para juzgar.

El Sanhedrin los elige y él solo puede cambiarlos.

Que la mujer sea casta y muda, y que el hombre tenga en su caña todo el Deuteronomio, sino maldeciremos vuestras moradas y vuestra sangre.

El anatema que un santo arroja al paso, sobre el mal, es un rocío tan fatal y tan negro, que un perro maldecido una vez por Eliseo se le canceraron las orejas.

Mujeres, el hombre es el rey.

Temblad y medita.

La mujer hila, or eña á la vaca bate la manteca, vuelve la ampolleta cuando termina la hora, reprende al esclavo en los campos y al niño en sus juegos, vela y trabaja.

El hombre está pensativo delante de Dios.

Cuando esteis en el templo recitando el versículo acostumbrado, extended vuestras dos manos hacia la fogata.

El ángel del día asiste á vuestras comidas, huid tan pronto como veáis delante al ángel de la noche.

Estudiad la ley sin descanso, y que se lea en el texto que Esdras escribió, según Moisés.

Para formar un libro no empleis el lino, judios; cosed con nervios una piel fina de becerro, escribid temblorosos el *verbo* indecible y enrollad el pergamino en dos barras de érable.

Llevad trojes largos conforme á vuestro rango; tened el paño tegido con dos hilos diferentes; Jeohavá no es dos.

Huid de los hombres que son berrachos; no hagais secar yervas en vuestros libros; la yerva imprime un demonio en los pliegues del pergamino.

No observeis nunca las líneas de la mano.

En el texto sagrado respetad las consonantes.

En el momento de la muerte llamad á diez personas; confesad los pecados hechos por vuestros sentidos y que los que se encuentren allí desgarren sus vestidos.

La muerte, aun la del justo, es una fiesta sombría.

A los muertos ponedles debajo de la ca-beza un saco con tierra y rezando dad siete vueltas en torno de la fosa.

Temed al Occidente y temblad delante del Oriente, son los dos lugares de Dios; el cielo lo nombra, temedlo.

La muerte es la sombra; después de esta

vida, nada hay eterno para el hombre, ni puede retener nada de él cuando Dios rompe ese nudo.

Lo que se llama el alma es un aliento, celeste en los buenos, infernal en los malos, que permanece un momento por encima del cuerpo á la hora de la muerte, después palidece y se transforma en luz.

Dios solo nunca muere; por lo tanto el castigo puede asir á ese fantasma y latiguarlo largo tiempo bajo la tenebrosa cúpula y golpear su frente contra la techumbre de la noche.

Nada de lo que se ha hecho, ni se destruye ni se pierde; todo cuenta pesas justas, balanzas exactas.

En lo alto, con el dedo vuelto hacia todos vuestros actos, la plegaria Bathkol, la hija de la voz, está cerca de Elohím y le dice:

"Señor, ved"

Leed el Pentateuco cuando esteis en número de cinco y el Exodo cuando seais cuatro.

Sabed castigar; sabed vengar; sabed combatir.

Odiad á los perversos, y odiad, odiad á los que dudan de audacia y orgullo llenos, al incrédulo, al cobarde, al pusilánime, á aque-

llos para quienes el libro santo abierto es un abismo, aquellos que tiemblan delante de las celestes gradas y al borde de Dios se detienen espantados, aunque sean numerosos como un pueblo, y tengan ciudades y sembrados y mujeres, viejos, abuelos, vírgenes, y niños recién nacidos, exterminadlo todo.

Moisés empezó por cavar una fosa para enterrar á la religión falsa y arrojó en ella, en confuso acinamiento, á los pueblos insurrectos, llenándola con pueblos y ciudades. Aun se distingue en esta sombra profunda enormes osamentas, cada una de las cuales fué un mundo.

Num saquea á Amalec; Joram devasta á Ammon; por doquiera, por do se veían el resplandor del dominio; do quiera, por do se tomaba un falso dios por norma. Salomón acudía, con el ruido de una aguilá en violento vuelo; pueblo, y es sangre lo que la tierra ha sudado bajo Anatis, Saul y Jasué.

Sabaoth bendecía á estos grandes implacables; sóbrios, puros, sin pensar en el día siguiente, llevaban al combate en las nocturnas arenas á soldados tan sencillos que bebían siempre agua en el hueco de sus manos y así lo hacían. El tabernáculo ha crecido en medio de la sangre. El antiguo levita

es grande tan solo por este hecho; que mataba á todos los que hallaba á su paso.

Macabeo tenía tanta luz que los pueblos decían: "su armadura es de oro;" Lisias, Seron, Gorgios y Nicanor huían delante de este hombre que lanzaba extraños gritos de guerra y á quien seguían, cabalgando en los vientos, cinco arcángeles.

Estos héroes han tenido á Jehová por esfuerzo; sus espadas abrieron en la tierra surcos; pueblo, hacen salir la vida de la muerte y gracias á sus lanzas enrojecidas, las abiertas bocas de los leones en furor, vienen á ser colmenares.

En torno á vosotros que esté el temor, en vosotros mismos tened el temor, es la ley.

Salomón fué un rey sublime, le gustaba reir al compás de los cantos, al madurar de las uvas. Un día se inclinó sobre las cosas oscuras y pálido reconoció que el principio de la sabiduría era un profundo temblor.

Pueblo! Jehová medita lugubrementemente sobre la raza de Adán, siempre maldita; sobre la sangre de Jacob, casi siempre castigada y Dios es el ceño contraído del Infinito.

Vivid con los ojos fijos sobre el terror del abismo.

Guerra al impío, es preciso, ó que se sufra

ó que se castigue; herid para salvaros; pensad en el castigo, pensad en el oceano de angustia y de tormento, pensad en este infierno y la inmensidad de las lágrimas:

Los enemigos de Dios podrán tener armas, podrán ser altivos y pederosos, podrán lanzar carros, tener cascos sobre la frente, ¡qué importa todo esto! si su alma está hecha de sombra.

Los festines, los palacios llenos de esplendor, la dicha, los placeres, el triunfo desvergonzado, son lugares de olvido, pero no de seguridad, sea, olvidad, que le importa al recuerdo supremo!

La venganza espera tranquila y la cólera siembra.

Reireis, tendreis sueños en los ojos, mas de pronto en lo más negro del cielo misterioso, que el hombre estremeciéndose verá por intervalos, se girá el ruido que hacen dos manos que se juntan con violencia; el arcángel porta-espada aparecerá. inmenso; entonces, sintiendo bajo sus pies derrumbarse Bel y Mithra, los malos temblarán como un buque que naufraga; todos reconocerán la inutilidad de los escudos de bronce y de los cascos de cuero, desearán ser bastante pequeños para huir por las hendidu-

ras de las puertas ó los agujeros de una criba; la grande espada, teniendo el movimiento ondulante de una llama terrible, y Dios dirá: ya es tarde!

Vivientes, temblad! porque Dios se desliza en los malditos como el incendio en los sembrados; aplastad con el espanto y con el odio al impío; levantad vuestra alma por los vicios abrigada y recitad antes de que el arcángel sobrevenga, el *shorrith* por la mañana y por la tarde el *nehila*; vengad á Dios por la espada y vivid en el temor.

Odiar lo que Dios odia, pueblo! es la ley santa, la ley de lo alto, conocida tan solo por los hijos de Levy".....

Un hombre en esos momentos, por doce hombres seguido; rubio, joven y mirado por el sacerdote fijamente, le interrumpió y le dijo con el acento de un maestro.

Toda la ley de lo alto está en esta palabra: amar!

¡Pueblo, gritó el sacerdote, se acaba de blasfemar!

DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE BURGOS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO HUGO"

Vol. 1621 NOV 1987, MEXICO

VII

CAIFÁS EN CONTEMPLACION

La luna acaba de ser vista por los dos vigilantes del templo; el mes comienza.

En los campos, la tierra aun está parduzca; llueve sobre el monte Glon y sobre el monte Sion; el invierno toca á su término.

En el templo se hace la ablución, se acepilla, se deshollinan sus cadenas, goznes y cerrojos para las fiestas próximas.

Allá, en el altar mayor, inclinándose sobre los vasos llenos de agua y esparciendo el nardo y el jacinto, los porteros levitas lavan el triple recinto, deteniéndose á veces para besar las losas; cerca de este altar y tras la vasta cortina, solo, de pié, con los brazos levantados, está el gran sacerdote, diríase un fantasma con el sudario blanco.

El arca se halla sobre un estrado en el fondo del Santuario.

Elohim le dejó la huella de su dedo; un deslumbramiento le rodea y se ven cajas con perfume de áspid sobre cada escalón que apenas se distinguen en el resplandor del arca.

Caifás se ocupa de las cosas eternas; un

doctor de la Ley, Rosmofin de Joppe llega, levanta la cortina y marcha hacia Caifás, que no por eso cambia su actitud de Pontífice; apenas entreabre sus ojos vagos y cerrados; el sacerdote le dice: vengo á verte, Hannasci, porque ya tengo informes de aquél, de los doce en quien tu piensas; es el encargado de los gastos y cuando viajan se entiende con los posaderos.

Los demás parecen orgullosos de llevar sus collares, solo él tiene el aspecto de un lobo entre perros; su modo de obrar es obscuro; en Naim una mujer de mal vivir lavó los pies del Maestro, maltratados por el camino, con bálsamos y perfumes; este hombre se enojó en extremo y llegó á decirle, "acabas de gastar en eso veinte dineros de mirra!"

Y Caifás le respondió; es el hombre que necesitamos; sí, replicó Rosmofin, es celoso, reservado, triste, oblicuo, inquieto, solitario y avaro; decid príncipe deseariais saber cómo le llaman, lo ignoraba el día que me preguntasteis, lo sé ahora.

¿Cuál es su nombre? dijo Caifás.

Judas, le contestaron.

VIII

LA SIBILA

La sibila de Achlab habla en su caberna, está sola; un espíritu feroz la domina la doblega como una llama al soplo de un vuelo de demonios; de su boca obscura, y de sus negros pulmones, hace salir la casualidad palabras terribles; hojas que más tarde aumentarán las biblias se escapan por momentos de su antro y van en vagas llamaradas por el espacio sin fin. Ella los sigue con los ojos y ríe y después torna á empezar, la inmensidad mezclándose á su demencia y el aliento infinito abrasándola siempre.

Se dirige á la sombra, al abismo, á las voces sordas.

Espectro por la mirada, por la flacura esqueleto.

Habla una lengua extraña en donde se refleja el porvenir semi visible sobre su frente; pronuncia ya palabras que serán dichas por el género humano tres mil años después.

Sus manos descarnadas se cruzan sobre sus senos desnudos.

Sus ojos lúgubres, meditan. yo no se qué de terrible.

Este espectro balbute con autoridad; se diría que hace la lectura inaudita de un libro misterioso, abierto en las extensiones.

A veces se detiene diciendo: "no puedo."

En ese momento, en el fondo de su gruta, horrible pozo lleno del espanto de las visiones ocultas, es á los fundadores de dogmas y de cultos á quien su mirada persigue; parece que habla á través de la espesa noche á los que buscan á Dios para mostrarlo á los hombres.

El libro de lo alto dice:

Quien quiera que tu seas, que ordenas al ser se explique y á la esfinge que sea clara; quien quiera que tu seas que apoderarte quieres del agua, y apresar al aire y dar una forma á la nube y que te sumerges en el siniestro abismo en donde flota esta palabra: Dios.

Quien quiera que tu seas, que pretendes obligar á la sombra, á la confesión y palpar la certidumbre con tu mano poco firme, que intentas arrimar tus muros al templo side

ral y designar al sér un testo, un número, un lugar.

Hombre, quien quiera que tu seas, que vienes á encender tu luminaria bajo el rayo, y tu lámpara debajo del astro y decirle al universo sin límites levántate velo; que tomas al imposible de los cabellos; que pronuncias estas palabras inútiles: "yo sé—yo soy—yo salvo—yo reanimo;" que dices al ser:—vamos, abismo, responde, puesto que soy yo quien te interroga!—sabe que tu locura es sombría, desgraciado!

El error sale de la nube y sin fin se prolonga en numerosos hilos.

Un rito es un gesto al azar en el vacío; aborto de la cifra y de la palabra, trabajo vano de la voz para nombrar el prodigio divino.

Siempre á la misma palabra la impotencia llegará.

Siempre el sombrío esfuerzo de las religiones, cae en el mismo fantasma y en la misma tumba.

Todas estas preguntas.

En dónde?—cuando?—por qué—cómo? hasta donde?—hacen el ruido sordo de un resumidero.

El libro de lo alto dice.

¡Oh pensadores, cuidado! El quiere que se le contemple y no que se le mire.

Arrodillaos, lo adorado debe quedar lo desconocido

Siempre que un hombre, un espíritu, viene y se aproxima demasiado cerca y con empeño necio se ha puesto á soplar sobre El como se sopla sobre un brasero, ha herido de muerte.

Desgracia! para los obstinados que pretenden escarbar en este sér profundo.

Vosotros que os llamaís; ayer la mañana, el sabio, el instruido, el investigador, huida, el paso,—¡larvas! y pensais imponeros á quien se llama para siempre—Hoy?—vuestras auscultaciones, vuestros cálculos, vuestro estudio y la vibración de vuestra inquietud!

Le molesta tener vuestras cifras caprichosas corriendo por doquier sobre El; hormigueo repugnante, tu curiosidad le importuna, gusanería!

Al Sér no le gusta que el hombre lo examine y sentirá los espíritus registrando en sus escondites.

Sacrilegio! el más medido por el menos, la mosca humana yendo á tropezar sus alas

con los cielos y el enjambre rozando á la Al-
titud eternal

El libro de lo alto dice:

Nada de testigos; hombres, no deis un pa-
so fuera de vuestras necesidades.

El hombre es turtuga y la sombra es su
concha.

No salgais del tiempo, del número y del
espacio, porque él se vengará, el Ser miste-
rioso, de las voces, de los ruidos, de las lám-
paras y de los ojos.

El es el amo obscuro de las torturas agu-
das, de las hachas, de los braseros, de los
cañamos, de las cicutas.

Elegirá los fuertes y tomará en su mano
á aquellos que son el cerebro del genero hu-
mano, y fatal, arrojándolos á la espada fria
que mata, decapitará á la sabiduría empe-
ñosamente necia.

Para castigar á los investigadores no tie-
ne más que entregarlos al furor de aquellos
mismos que quisieron ilustrar.

Oh! sabios, para subir á los cielos en don-
de estan las tablas, tropezais con los altos
lugares, esas cimas terribles, que visita el
horror y que el cierzo constante bate.

Buscaís al día y hallais la muerte.

Ciertas cimas fatales tienen ásperas calvi-

cies, en donde las horribles cruces, por e-
l asesinato ennegrecidas, se levantan, espe-
rando á los pálidos redentores.

Cain, sobre esta tierra en donde el justo
es siempre víctima tridor, ha dejado con que
volver á empezar su crimen.

El hombre abrevía, oh! sabios, vuestros
años ya de por sí tan cortos.

Para asesinaros, justos! el hombre tiene
siempre bastante con el primer fratricidio.

El género humano, después de un cri-
men, recobra su juicio y glorifica á los que
su odio dobiegara; uno ha bebido la cicuta
el otro pende en la cruz.

Pensais algunas veces en lo que hizo el
arcángel; el Ser de esta tierra? es malvado:
se venga; toma el alma, la vida y el día de
través y con su caída hace la del universo.

El infierno está contenido en esta pala-
bra: sole tad!

Con todos los remordimientos que son la
inquietud y el duelo de la tierra y de que es
abuelo, en el espantoso calabozo de las no-
ches, Satanás está solo, la roca que le ocul-
ta está hecha de crimen.

Los otros condenados están en otro abis-
mo; puede torturarlos, pero no puede verlos;
solo, siempre solo, él es el ciego en la negru-

ra; en él y fuera de él, la sombra; mira, se alza, busca y no encuentra ni aun una hidra en su fosa; ¿una hidra? Eso sería alguien!

El ángel condenado vuela y vaga y adusto no quisiera haber nacido; si las bestias vieran su cloaca, ese antro haría rastrear á los lobos estremeciéndose, temblar al tigre y haría huir á los buhos de ojos redondos.

En tanto que se cierne, á cada movimiento de sus pesadas aletas salen del monstruo humaredas que van á la tierra y son ejércitos; que van sobre la tierra y á las regiones y se forman leyes, costumbres, y religiones; van á la tierra y toman figuras de reyes, de conquistadores, de angures y se oye el grito de un Satán amo que reina y en la noche se asienta fantasma semejante al espectro de las tinieblas.

Triunfantes, sagrados, grandes, ilustres, célebres, vampiros con el laurel ó la corona en la frente, elevan hasta el cielo una página de afrenta, y dicen:

"Yo soy el dogma, yo me llamo imperio;" cien calamidades negras, fatales de las cuales el hombre es la peor de todas, se desencadenan.

Satán se cierne siempre; peste, tierra que tiembla, agua sobre las rocas sordas, el tifón

sobre las olas; *simoun* en el desierto, oh! sombría agitación de las alas formidables.

El libro de lo alto dice:

Por lo tanto nada de curiosos; la noche es un consejo que el cielo da á los ojos.

Dejad al sér existir; sed lo que sois; miradas, sed el terror; bestias, sed las bestias; belleza, sed esqueleto; hombre, sed la nada!

Dios hace con lo tenebroso al verdugo de *vidente* ó si le place, sábios, pensadores, oh! turba infinita de abandonaros á vuestro propio abismo, dejará al enojoso fastidio, al yo celoso, al vértigo y al miedo crecer por sí mismos en vosotros; y vuestras *rejas* no abrirán más que fosas, levantándose en el fondo de vuestras investigaciones falsas, el caos de los errores, de las fiebre, de las tormentas, ofreciéndose el fierro enrojecido á vuestros manoseos, de tal modo que de su ley misma, de su enigma austero, de su nombre, de su dogma oscuro, de su misterio retirareis las manos, gritando: "¡nos hemos abrasado en este sér formidable!"

Mago, te sepultará en el hervidero de la urna.

Hará turbios, con luz en demasía, los ojos de la temeridad, del sueño y del orgullo.

Le bastará mostrar, para ponerlos en de-

mencia, uno solo de sus atributos, es su esplendor inmenso.

El más ciego será el más deslumbrado.

Tened por cierto que si trabajais en su mismo campo, cubrirá con ceniza y muerte vuestra simiente; de toda la ciencia él romperá las mallas.

El infinito no se puede apresar en una red,

No soportará que sepan lo que es, y pondrá á las epidemias, á las fuerzas, al trueno, á la sombra, para perseguiros oh! negros visionarios y si mira, horror! se desvanecerá todo y los pensadores gritarán, perdón! y bastará para borrar los pensamientos en sus frentes, entrever por un momento su pupila de rayo.

El libro de lo alto dice:

Vivid sin mirar; pasajero, tu misión es pasar; sondear es herir.

¿Quien eres tú? ¿Que eres tú? Tu nombre?

Terpandro.

Y tu?

Linos.

Y tu?

Tales.

Vosotros os llamais ceniza; os llamais bruma y noche; desapareced, morid.

Hablar es demasiado; balbucir es bastante; doblegaos, callad; el silencio es el homenaje.

Tu quieres penetrar lo impenetrable, mago? tu vienes á escalar con infracción y misterio, el día, la noche, la visión, el infinito; tu cometes un atentado nocturno sobre la virginidad de la tumba taciturna, levantas esa tapa; mago audaz! qué haces ahí mero-deador de los vatos cielos? llegas furtivo, armado con tu vanidad sombría, á forzar la eternidad; con ganzua quieres abrir la sombra y acercas tu llave falsa á la puerta del fuego y violentar así esa cerradura con el orgullo, bajo la mirada de Dios, vete! vete de la luz, vete de las tieblas; fuera! vete con tu estrofa, con tus álgebras, poeta, geómetra, astrónomo, ladrón!

No busques, arrástrate; tiembla, es lo mejor.

Espacio, nada de Icaro: astros, nada de anteojos.

¡Oh, vivientes! tendriais á la verdad, si no fuerais lo que siempre habeis sido.

No mireis más que á la grande y tranquila eternidad.

Lo de aquí es inmóvil; lo de allá es inmutable; abajo está el áncora, arriba el obscuro anillo del cable.

¿Trata la naturaleza de cambiar de actitud, delante de vosotros, mortales vanos y locos?

¿Qué es la tumba? El pozo de las noches fúnebres; tiene la plenitud augusta de las tinieblas; no pide nada, ni hace ruido; el sepulcro, es el vaso en donde Dios guarda la noche, como el astro es la urna en donde Dios conserva la luz; los dos, serán eternamente lo que la primera ley quiso que fueran, uno la sembra, el otro el rayo luminoso.

¿Por qué quiere el hombre cambiar su misión? Es soplo, que pase!

¿Para qué el pensamiento, para qué tanta fuerza vanamente gastada? para qué Zoroas, tro? para qué los *Talmudes*? no es una vergüenza ver entrechocarse á Tiro con Selimonte, Delfos con Eleusis, Tebas con Sion, en la inmovilidad de la Naturaleza?

Todos estos magos, luchando, afirmando ó negando; todos estos disputadores de ceniza y de nada, no hacen más, que agitar en torbellinos sus miserables reyertas, entre las tumbas negras y las estrellas fijas.

El alma es un ojo sin pupila.

En tanto que así hablaba, apoderada por la esfinge oculta, sobre el antro tenebroso alquien se había inclinado.

El sol iluminaba, en el dintel de la gruta, uno dulce figura, resplandeciente y grave.

Un hombre estaba allí, con los pies desnudos en la yerva.

"Jamás te he visto, dijo la mujer aun bajo el delirio, pero te reconozco; salud Nazareno! y mostrando con el índice la sombra, agregó, cuidado!

Entonces, entre la mujer y este hombre, en tanto que la aurora calentaba á las serpientes entumecidas y que las flores abrian al sol sus corolas, se hizo un cambio angustoso de palabras, que la tierra ignoró, nadie pudiendo escribir ese diálogo sombrío; arrebatado por el viento.

El Nazareno:

Sin embargo, Profetisa, es necesario salvar al hombre.

Sibila:

¿Para qué?

Nazareno:

Para salir de esta sombra en que estamos.

Sibila:

Que permanezcan en ella.

Nazareno:

Subir hacia el día, es la ley; que la iniquidad le ceda el paso á la justicia, es la ley!

Sibila:

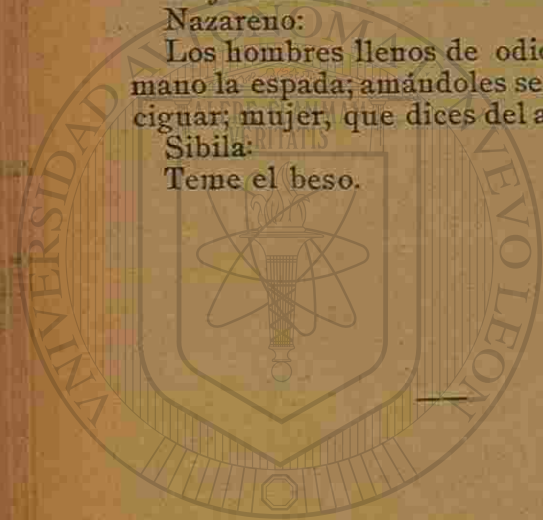
La justicia es un sueño en esta tierra.

Nazareno:

Los hombres llenos de odio tienen en la mano la espada; amándoles se les puede apaciguar; mujer, que dices del amor, habla?

Sibila:

Teme el beso.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

TERCERA PARTE

I

LA VIGA

El bandido Barrábas esta preso; sus últimos momentos se aproximan, porque es preciso que el asesino muera; al menos así lo dice el pueblo.

En las afueras de la ciudad hay un campo que ofrece á la vista restos putrefactos de animales muertos, en los cuales el chacal, semejante al gusano en el maduro fruto, hace desaparecer su cuerpo; es una colina teniendo en abundancia huesos; desparramados aquí y allá sobre los cuales revolotean zumbando millares de moscas y otros insectas; antes de llegar, y á lo lejos, se oye, vi-

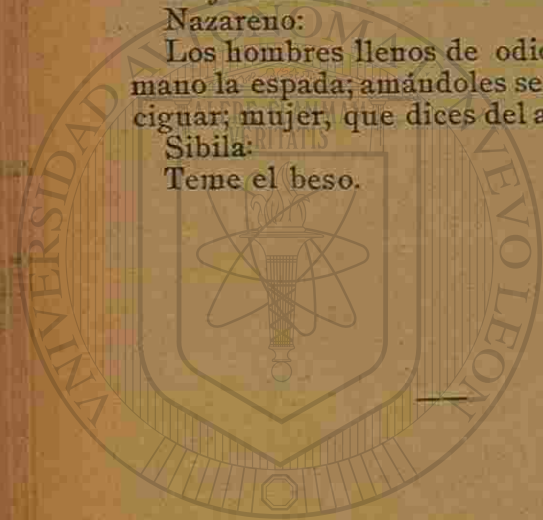
La justicia es un sueño en esta tierra.

Nazareno:

Los hombres llenos de odio tienen en la mano la espada; amándoles se les puede apaciguar; mujer, que dices del amor, habla?

Sibila:

Teme el beso.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

TERCERA PARTE

I

LA VIGA

El bandido Barrábas esta preso; sus últimos momentos se aproximan, porque es preciso que el asesino muera; al menos así lo dice el pueblo.

En las afueras de la ciudad hay un campo que ofrece á la vista restos putrefactos de animales muertos, en los cuales el chacal, semejante al gusano en el maduro fruto, hace desaparecer su cuerpo; es una colina teniendo en abundancia huesos; desparramados aquí y allá sobre los cuales revolotean zumbando millares de moscas y otros insectas; antes de llegar, y á lo lejos, se oye, vi-

niendo de una pocilga en ese campo, con ruido sordo de sierra y de martillo; un hombre trabaja en ella y encuadra maderos, es Psyphax, carpintero de cruces para suplicios.

En el exterior de la pocilga, vaga libre una zebra; más adelante, en un estercolero, algunas gallinas y gallos picotean y escarban en alegre cacareo,

Psyphax es güebro; adora al sol y construye patíbulos.

El barrio Zem, habitado por los mercaderes de viejo, traperos y vendedores de los hilachos de la ciudad limita al sur esta colina, áspera, desierta y vil

Cuerdas con las que se tropieza al andar, en donde las lavanderas hacen secar su ropa al viento, penden de morillos plantados en los escombros.

Niños desnudos que salen de estas mansiones sombrías, en donde el hambre habita y la fiebre surge á recoger leña vieja que van á vender á la entrada del templo; el augur, que hace muecas y contempla; algún centurión por la orgía retardado: jugadores agitando los dados y gesticulando, son los únicos que pasan por este lugar triste y estéril.

Mas allá terrenos que el ardiente sol arru-

ga y cubre en zacate quemado, leproso y corto.

Se ven los techos confusos de las casas del barrio, en cuyas puertas las mujeres de pié, al llegar la tarde, maldicientes, charlan.

Los mendigos repugnantes, parecidos á los ciento-pies, vagan por los alrededores, tendiendo y presentando sus enlaquecidas y pálidas manos.

En vez del enjambre dorado, discurriendo por los jardines, ronda y vuela el horrible pájaro de presa sobre los esqueletos descarnados.

Cerca de las casas, harapientos, los gotosos, los enanos de piernas torcidas, los cojos, los lisiados, hormigúean en todos sentidos y la diformidad vergonzosa de los habitantes de este barrio enfermizo junto con sus pocilgas, importunan á lo lejos al águila de párpados enrojecidos y á los poderosos buitres africanos á cuyo pico respira el llameante soplo del desierto de Balbek.

En el fondo del horizonte se mira el Gólgota feroz; monte sin árbol ni yerva, ni flores; cima calva y propia para el crecimiento horrible de los cadáveres.

Los que buscan el sentido de los antiguos alfabetos y que hacen del *Talmud* su lectura

severa, tiemblan delante de este monte, sabiendo su aventura.

El vasto Adán está allí; bajo la tierra dormido; de modo que el calvario es el negro ronquido de este gran cuerpo yaciendo bajo la triste campifa, la montaña conservando el aspecto de cadáver.

La choza de Psyphax, de techo bajo, y señalada por un poste, forma una ámpula en el centro aislada de la planicie.

El pueblo teme el dintel misterioso de los guiebros; estos dementes de luz tienen la pupila llena de tinieblas; se les encarga de los empleos más inmundos y los hacen; mezclan su quimera á la bóveda celestial; contemplan la noche de astros enormes sembrada y le llaman *Saba* que quiere decir ejército; adoran un punto del cielo llamado *Kebla*; á toda hora de la sombra y de la aurora están allí, los hombres ofreciéndose desnudos y las mujeres sin velos, al dios sol, esposo de las diosas estrellas.

Maldicen la haba y el ajo; temen la sal y el ámbar y hacen levadura con la miel; van hasta el Egipto con los pies descalzos, afrontando los númidas tan solo por sacrificar gallos á las Pirámides, estas tres tumbas de Seth, Enos y de Sabí; el árabe, palideciendo,

les cierra su cabaña; hacen un piltro con yerbas que machucan extrayendo así su jugo.

Respetan al buey y al cordero; se afeitan y no se atreven á nombrar al astro á quien sus elegidos hacen de la aurora á la noche sesenta y tres genuflexiones.

Tienen por ciudad á Harán en Mesopotamia; su tabernáculo, lugar de abominación y de infamia, en vez de mirar al occidente mira al oriente; dirigen extravagantes preguntas al viento; cuentan las olas y entre sus profetas ponen á Loth, rey de los filisteos, y á Numa, rey de Roma.

En el mes del carnero baila en círculo su tribu.

Veneran á Peor, el fauno obscuro.

Tienen siete templos; dedicados por Cam á los siete planetas.

Son prestidigitadores y odormecedores.

Cuando siembran, hacen dos partes de su surco; uno es para el dios, el otro para las diosas.

Sus mujeres tienen á veces en las trenzas, serpientes.

Reprochan al carro la queja del eje y contemplan pensativos las rayas que Dios ha hecho en la piel del tigre y de la zebra, y porque tienen esta señal fúnebre y esta som-

bra de las palabras desconocidas sobre el lomo, concluyen que uno lleva el odio y el otro los fardos.

Casi al igual del templo reverencian el establo.

Su sueño es extraño, agitado, temible:

El sabio es implacable, duro con ellos, tal vez por bondad, porque su religión da á los humanos una deformidad miserable y terrible.

Tienen un libro escrito por Satanás, cosa horrible; otro por Adán y otro por Enos.

Saben leer y son pensadores infernales y bajo el cielo sombrío por do las nubes se deslizan, aparecen como hombres azorados y adustos á quienes deslumbran los inmensos ponientes del sol en los montes y comen sangre como los demonios.

Cerca de un campo escueto, en donde crece más ortiga que cebada, en su cobacha vacilante que ilumina purpureamente un fuego de fragua, Syphax, el gíebro, está solo; sin blusa ni gorra; los brazos desnudos y con una sierra entre sus manos trabaja.

Se está al fin del mes de Far, segundo del año.

En esa vasta colina, oscura, abandonada, dos hombres al obscurecer, marchando por

los fosos. se encuentran viniendo de dos puntos opuestos.

Se saludan y hablan muy bajo, como si tuvieran vergüenza.

—He aquí el Dinero.

—Cuanto?

—Treinta

—Contemos

Se cuenta en la sombra ahogando, como en flagrant delito, el ruido de un talego que se vacía y se vuelve á llenar.

—Trato hecho

—Vendrá por la Pascua?

—Puede ser

—Mas en medio de los suyos ¿cómo reconocerlo?

—Aquel que me vean besar, será él.

Está dicho.

Y sonriendo, pero no sin algo de tedio, el hombre que tomara el dinero, hace un saludo servil, pone el saco bajo su túnica y vuelve á la ciudad.

El otro espera hasta que haya desaparecido el del talego, y después, sin hacer el menor ruido y observando si de lejos nadie le persigue, se apresura con pasos sordos en la colina fúnebre.

Se diría que va hacia el cuartucho del güebro.

Syphax trabaja; toma un libro que yace sobre útiles de erramienta, lo abre y fija en ello sus ojos que parecen como sucasar su resplandor venerable.

Después torna á su barrena y su escuadra y continúa trabajando sobre un bloc negro é informe.

Lee en seguida, con dificultad. por ser ya casi noche; de modo que este hombre, al mismo tiempo que trabaja sigue la lectura de su ley en el texto.

De repente, por la claraboya del techo en derrumbe, se distingue la primera estrella de la noche.

Syphax levanta la vista, la apercibe, se incorpora y palideciendo dice en voz alta: oh! diosa!

El hombre que marchaba, llega; muestra un sello, escupe sobre el libro abierto y dice.

Marrano! yo soy del templo.

Y deja apercibir bajo su túnica, al abrirla, en la sombra, la de un sacerdote.

El pagano enmudece con ese pliegue de la frente que imprime la costura horrible de la afrenta, porque ha reconocido á Rosmophin, uno de los sabios que explican al pue-

blo los pasajes del *Talmud*, juez y doctor, es el primero después de Caifás.

Syphax tiembla; el rayo de luz se digna visitar al estercolero.

Por qué?

Este Rosmophin es aquel que, según la ley santa y el texto vulgar condenó á Barrabás, diciendo:

Dos veces desgracia; muerte! porque es asesino; vergüenza! porque es ladrón.

Rosmophin dice:

—En el nombre del Sanhedrin! El esclavo se inclina; Rosmophin continúa con una voz grave en tanto que su mirada caía sobre el güebro.

Tienes algún tronco de árbol para hacer un suplicio de gran tamaño?

En una especie de antro en el fondo de la habitación se hallaban amontonados negros postes de tamaños diversos.

El pagano removi6 estos horribles bloques dormidos, como un sepulturero remueve un montón de osamentas, y al hacerlo huían por todos lados alimañas sin nombres.

Las vigas cambiadas y levantadas sobre el suelo producían un ruido sonoro.

De pronto el hombre á quien la fogata del hornillo ayudaba con su claridad, empujan-

do un negro madero, no sin trabajo apartado, mostró al sacerdote un b'oc deforme teniendo el peso de la encina, con los nudos del olmo.

Pesado, grande y como sellado con cinco dedos monstruosos.

Se veía en la extremidad más gruesa—inchazón tortuosa—yo no sé qué mancha espantosa y sombría.

Se hubiera dicho que era sangre agrandándose en la sombra.

Rosmophin miró la viga murmurando entre dientes.

Qué, sería ese el bastón de marcha de algún gigante?

Señor, contestó el idólatra, con efecto es así.

El sacerdote arrojó entonces tres granos de incienso en el hornillo para purificar el aire en el cual había hablado este hombre.

Syphax continuó:

En un campo que agosta el trigo, que no tiene una rama verde en donde el ave dormir pudiera; albañal que conserva aún el lodo del diluvio, allí fué, en donde tropecé con este tronco repugnante.

Los hombres de autañ no podían ser dos sin combatir, y uno al otro se tomaban por blanco.

Las huellas de un asesinato están sobre este árbol horrible.

Los gigantes de la raza Enacin, quienes los primeros habitaron la tierra antigua, trajeron la muerte.

Su sombra inmensa cubre aun las razas nuevas.

Aplastaban con el pié á los elefantes de los ríos delante de los cuales la monstruosa selva se callaba.

Su bastón de viaje ó de defensa era una encina que arrancaban de cuajo.

Nosotros podemos construir toda una torre de piedra con cualquiera de los guijarros que tenían en su puño.

Si dijo el doctor, Dios, que jamás se extravía, esperando el número, exageró la forma.

El mundo ha empezado por la familia enorme.

Del grupo gigantesco ha nacido el género humano.

El bloc de ayer, será mañana un montón de piedras.

Un gigante ocupa primero el lugar de una multitud; después, como la nube en gotas se deshace, de generación en generación se achica, pulula y llega á ser nación.

Dios hizo al coloso antes de hacer al hormiguero.

Rosmofin dijo:

Este tronco tiene restos de yedra.

No, replicó el esclavo, es la presión del puño del gigante.

Perro vill! prosiguió el doctor pensativo, elijo este tronco; en tu sombra mortal haz pronto una cruz grande y alta pero de modo que un hombre pueda llevarla á cuestas, ¿lo oyes?

Y dejando tras sí á Psyphax prosternarse, se marchó el sacerdote con la mirada llena de un reflejo amargo.

El gñebro, sacando entonces del montón la viga infame, la midió con el hacha en la mano, diciendo en voz baja.

Parece que se quiere honrar demasiado á Barrabás.

II

EL CANTICO DE BETFAGUE

CORO DE MUJERES

La sombra de los bosques de Aser está llena de perfume.

¿Quién es aquél que viene por el camino fresco y verde?

Es el muy amado que espera á la bien amada.

Es jóven, es dulce; sube al desierto como el humo que se eleva del incensario.

Es el bien amado que espera á su bien amada.

UNA MUCHACHA

Yo amo; oh! vientos, despedid al invierno.

El pájaro parece en los bosques de Aser una alma entre el ramaje.

La amada corre hacia el amante; yo le canto y él me canta; oh! cómo se duerme blandamente bajo una rama que se inclina.

Yo me despierto cantándole; él se despierta cantándome; la aurora cree que oye dos murmu los de abeja.

Uno hacia el otro vamos; él me dice;

Oh! hermosa de las hermosas, la rosa se halla bajo tus plantas; el astro se estremece en tus alas.

Yo digo:

La tierra tiene cien reyes; los jóvenes son innumerables; pero, él, es el único á quién yo amo.

Oh! bosques, él es llama y yo soy sombra; él repite, ven conmigo para perdernos en el fondo de los valles, en el deslumbrante terror de las noches llenas de estrellas; y yo agregó, moriría con un beso de su boca; ya lo sabeis ¡oh selvas! ¡oh gran murmullo salvaje!

El agua corre; el cielo está claro; nuestras canciones en el aire se cruzan como las flechas de dos ejércitos.

CORO DE MUJERES

El pájaro parece en los bosques de Aser una alma en los follajes.

UN JOVEN

Duerme con su cabeza apoyada en su brazo.

No la despertéis antes que lo quiera, por las flores, por el ciervo que tiembla bajo las hojas, por los astros del cielo, no la despertéis.

Se duda que sea mujer y se le dice:

Cómo, tu comes? tu bebes? es sin duda algún santo licor.

Todos los perfumes tienen el aspecto de salir de su corazón; tiene los pies juntos co-

mo los pies de los angeles; se diría que hace un vaso de su cuerpo para esos bálsamos del cielo que ningún miasma altera.

Se ocupa también de las cosas de la tierra, porque la hoja del lirio está inclinada hacia afuera,

El bosque de los ruisenores, como también el de los mirlos, la admiran; sus pasos son para ellos favores.

Su belleza, que fascina y resplandece, haría soñadores á los reyes de la India con sus cofres llenos de perlas.

Cuando pasa cantando y danzando, el viejo que, ceñudo reprendía, sonríe; los más difíciles la admiten en su prado cerrado por palizadas.

La forma de su sombra es agradable á los campos.

Lloro algunas veces, porque temo por ella, tan débil así es y delicada.

El otro día un pájaro, no más grande que mi dedo, se paró estremeciéndose en el borde de mi techo; yo le dije: sé bendito, ruega por ella!

Si me caso, amigos, ya no quiero partir de aquí, y no me iré de tu lado; de tí á quien amo, aunque Salomón me mande hacia Hiram, rey de Tiro.

Ella durmiendo, su corazón me adoraba, dulce gloria! un angel que venia de los cielos pasando por allí, vió su amor; tomó su parte, y voló porque en donde la virgen bebe, la paloma puede beber.

Sonaba mi amada, como Annah soñó con Esdras.

Oh, mi belleza! ebrio fui el día que me amaste, como la cierva en el bosque de los aromas.

Su seno puro levantaba la blancura del lino de su corpiño.

CORO DE MUJERES

No la despertéis, hasta que lo quiera, por las flores, por el cervato que tiembla bajo las hojas, por los astros del cielo, no la despertéis!

LA JOVEN

Por la abertura de mi puerta, mi bien amado pasó su mano; yo me desperté; de modo que mañana nos casamos.

De la montaña de la mirra á la montaña del incienso, es él á quien mis sentidos desean y él á quien mi alma admira; yo no se cómo decirle que mis ropas he desceñido, decidse lo oh! cielos.

El suspira y yo me abraso.

CORO DE MUJERES

Es él á quien su alma admira; es él á quien sus sentidos desean de la montaña del incienso á la montaña de la mirra.

EL JOVEN

Ella me inflama y yo la abraso y la llamo con el corazón lleno de éxtasis; oh! nubes, ella es la que más amo.

Cuán bella es, con su graciosa sonrisa de desposada; un cielo misterioso en su mirada; sus pies desnudos en el rocío.

La perfumaré con el nardo; y oh! sueño, pondrá una mano en mi frente y la otra en mi corazón.

De noche mis ojos ardientes dan miedo al lobo salvaje y soy como aquel que encuentra una esmeralda,

Mi orgullo se desvanece bajo su mirada como la nieve se funde bajo el calor del sol.

No hay collares en su cuello; el amor aparece en su inocencia, en sus palabras.

Los serafines le hacen señas familiares; esta virgen oh David, rey lleno de gloria, se parece á vuestra torre de marfil en donde penden mil escudos.

Mujeres ¿creis que ella salga? Está en su

casa y da vueltas al huso y la llamo y.....
qué importa, puesto que soy amado!

Saltando voy cual cabritillo en los montes Nabuzesso cual si me cerniera en el viento que me reclama y como si yo tuviera una alma hecha con plumas de pájaro.

Venid á ver algo de soberbio; venid á ver al amante erguido como una palmera, bello como el aloé en flor por el mes de *elul*; venid á ver al amante quien vencerá á los colosos; venid á ver al gran rey Saul con su corona nupcial.

CORO DE MUJERES

Venid á ver al gran rey Saul, con su corona nupcial.

LA JOVEN

El amor trae felicidad; cantad, el aire está tranquilo.

Le vi un día; la florida yerva me daba hasta las rodillas; yo reía y nos amábamos.

Dejad fabricar su nido á las cigüeñas; dejad al amor que viene de los azulesos cielos entrar en la alcoba de las almas.

Qué son dos amantes? Dos recién nacidos.

Mi bien amado, ven de los montes, de

los bosques, ven! aprovecha las puertas mal cerradas.

Quisiera saber cómo me arreglaría para no adorar su risa fresca y joven; ven, mi casa está oculta; el techo es de cedro y la alcoba de ciprés.

Oh! el día en que nos hablamos, era bello: los nidos cantaban y me parecía que eran hijos de cisnes que lavados se creería con leche y vi en el cielo l'amas.

Ausente, presente, de cerca, de lejos, te pertenezco, ven de la sombra en donde están los leones; ven de la luz en donde están las águilas.

Lo busqué y no lo hallé, y he corrido toda la noche por la calle y la luna estaba fría y pálida, y la ciudad negra y el viento cortante y dije al soldado siniestro que estaba en lo alto del muro: habeis visto al que yo amo?

Cuando arrojas á la playa la perla en tu reflujo. oh mar! cuando la primavera diga: no quiero ni ambar ni cinamomo; cuando se vea al mes *nisan* despedir á las rosas y jazmines y á los almendros, yo lo despediré de mi alma.

Si supiera hasta qué punto le amo, pali deceria.

Ven, el lirio se abre como un precioso cofre; los corderos están en los prados; el viento pasa y me dice: tu aliento está embalsamado.

Mi bien amado! mi bien amado, toda la montaña está en flor.

¿Cuándo vendrá mi amor, mi orgullo; el que me pone alegre ó sombría.

Es mi duelo; es mi gozo y yo le adoro,

Es bello; á veces sobre su frente se ve á la estrella de la mañana y otras la estrella de la tarde; porque es la noche y es la aurora.

¿Por qué haces languidecer á la que amas tanto? Ven, por qué perder ni una hora?

Ay! mi corazón espera y estoy triste como las tumbas.

Dime, existe algún intervalo entre los relámpagos de dos nubes negras que ruedan en los aires y los besos de dos palomas?

CORO DE MUJERES

Ven, por qué perder ni una hora? Te llaman, te esperan; por qué hacer languidecer á la que amas tanto?

III

EL TRIUNFO

Es así como cantaban, delante del brillante cielo, el joven alternando con la joven en un grupo de niños del barrio de Bethphagé.

Más allá, de un valle en bruma sumergido, distinguíanse torres, una pared blanca, una puerta era Jerusalem.

El incienso que trae la aurora, los aromas puros, las flores despertándose en los bosques y los rayos de luz se unían á la embriaguez de las voces.

Esto pasaba á la orilla del camino de la ciudad.

Fuera de la aldea y rumbo á los campos, éranse encontrados; la yerva estaba verde; la aurora deslumbraba en las campiñas y los hombres habían dicho: tregua al trabajo! y las mujeres posaron sus cántaros en el suelo y serenas se pusieron á cantar en tanto que los pájaros gorgeaban con acentos de paraíso.

Una abuela reía en el dintel de una casucha.

Tres labradores sudando llevaban el compás, golpeando el suelo con el mango de sus hoces.

Las vírgenes de frente pura como el lirio, pensativas, con miradas abnegadas, la boca palpitante, miraban al horizonte con una vaga espera.

De pronto, en el momento en que las mujeres en coro lanzaban al bosque el himno inflamado de su corazón, que acompañaba el sonido ingrato de las hoces, alguien dijo: Silencio! Escuchad!

Y las muchachas se detuvieron poniendo el dedo sobre sus labios.

Oían tras la colina, quemada por el calor ardiente, otras voces que cantaban, dulces como almas.

"El bien amado aquel que esperais, mujeres, es el que pasa, el que traemos; el triunfo nos ha elegido por compañeros; la luz permite que marchemos cerca de ella; llevamos al Maestro á su pueblo fiel; he aquí al bien amado por las almas, aquel que en la grande y deslumbradora estrella ha lucido.

Todas las majestades forman su diadema, podría fulminar, prefiere que se le ame.

"Consuela á Raquel; levanta á Sara; marcha por entre la paz y la alegría.

"Será como un ramo de mirra entre dos senos celestes.

"Su cetro, desvanece en el esplendor de su luz á los restos del viejo mundo, en donde se retuerce la serpiente.

"Su nombre divino es como un aceite exquisito que se derrama sobre su cabeza, admiración de los angeles.

"El cielo es un murmullo inmenso de elogios.

"Es más glorioso que Alejandro, y más bello que Salomón, que tiene un lirio en su tumba,

"Su campo es la tierra y su propiedad el espíritu.

"Viene á desvanecer la noche que gravita sobre el alma humana.

"Hará retroceder á la hidra que triunfaba y transformará el mundo totalmente.

"El abismo le observa y la aurora lo aprueba.

"El rugido del tigre, el haurrido del lobo, el odio, el furor engendrando la guerra, enmudecerán delante de su dedo levantado.

"En su inmensidad, Moloch se sumerge y naufraga.

"Sin mancha se halla, sin límite, sin número,

"Cuando fija en el cielo su mirada bendita, produce la desaparición del mal en el infinito.

"Los carros de Faraón á su lado no son más que sombra.

"Es más radioso que Nemrod no era sombrío:

"Brilla más que Amou, quien lo tenía todo y cuyo trono era el centro de un banquete.

"Sobrepasa á Ciro, en pie, sobre su pilastra,

"Pueblo! su alma toda es una claridad de astro.

"Es un rey y más que un rey, es el conquistador, el puro, el grande.

"El sol lo ve, la sombra lo escucha."

Volviendo la cara entonces, todos apercieron, doblando la calle, á un hombre que cabalgaba sobre un asno.

Este sér, cuyo nombre nadie ignoraba ya, era el mismo á quien Sadosch, la semana anterior había lanzado desde lo alto del templo un grito de odio.

Tenia el cabello partido en dos sobre la frente.

Cantando y riendo en torno suyo, le seguían mujeres adornadas con flores y acom-

pañadas de pequeños niños, ostentando ramas verdes y por doquiera, de las campiñas, de los pueblecillos y de Jerusalem, salía la multitud, confusamente alegre y feliz.

Algunas madres le mostraban sus hijos aun lactando y los viejos exclamaban: *¡Hosanna!*

Otros soplaban en braseros en donde ardían perfumes.

El, avanzaba con la tranquilidad del misterio,

Esa turba incensaba á este hombre y sobre el suelo extendían sus capas para que pasase por encima de ellas.

Unos pedazos de púrpura, cosidos de prisa, figuraban un estandarte al frente del cortejo.

Todos decían:

"Que Dios padre lo proteja!"

"He ahí al que llega para colmarnos de bienes haciéndonos mejores."

El, pensativo, miró á Jerusalem; las flores, el sol en lo más alto de los cielos como una fiesta; esas alfombras bajo sus plantas, esas ramas sobre su cabeza y á las mujeres cantando y el pueblo en tropel acudiendo y sonrió.

Después dijo:

Pronto voy á morir!

IV

EL DEBER

María estaba sentada entre Tomás y Judas; y el maestro, de pie, decía.

"La soledad es un rayo de lo alto que pone uno en su espíritu, más el Salvador va recto al pueblo y se hiere.

"A las multitudes viles, Dios entrega al Mesías."

"El palmero no crece en los desiertos sino en las ciudades.

"Acompañe la desgracia al que se oculte y también al que huya.

"Dejemos madurar la muerte como un fruto y no la turbemos en su lento crecimiento.

"Dios, cuando juzga á un hombre, con toda su altitud ve que ha vivido menos de lo que ha hecho.

"David se calentaba al sol de la muerte.

"Sería querer mal á un hermano si se le dice:

"Retrocede cuando hacia Dios el sepulcro te atrae; y sería odiar y perder á un hijo si se le quita del camino funesto y triunfante.

"El caliz es amargo, pero el ejemplo es útil he ahí por qué yo he venido á esta ciudad."

Así hablaba el hijo, y la madre escuchaba.

V

Dos maneras diferentes de querer

Era la hora en que la paloma entra en su nido y enmudece.

Una mujer marcha apresuradamente por una calle estrecha: mirando á uno y otro lado avanza, y si no hubiera habido tanta sombra en el firmamento; distinguiéndose habrían en sus dedos, vagamente, el círculo delicado de los anillos desaparecidos.

Su pié blanco no estaba hecho para los empedrados de las calles.

Llevaba un largo velo de pliegues egipcios, lleno de rayos luminosos nuevos y de perfumes antiguos.

Jóven y rubia, muy bella parecía.

En sus ojos brillaban las lágrimas, semejantes á flamas.

Es Magdalena, la hermana de Lázaro.
Se apresura
El vuelo de un pájaro es lento compara-
do al paso que la lleva.

A donde vá?

Es de noche; nadie transita en esos mo-
mentos por ese sirio.

Una luz brilla en una casa baja; en el din-
tel está en pié grave y pensativa una mujer;
su cabello empieza á encanecer.

Severa sin orgullo, dulce como un niño y
grande como un sabio, llora y medita.

Se vé sobre su rostro la áspera aceptación
del sacrificio.

Diríase que era la estatua del deber, en
llanto.

El corazón tembloroso se apoya sobre el
alma más fuerte.

Es la madre.

Tiene el aspecto de cuidar la puerta.

Magdalena la aborda y casi á gritos la ha-
bla, aterrorizada y torciendo sus brazos las-
timados.

"Madre! ábreme; vengo á decírtelo, se tra-
ta de su vida.

"Heme aquí; he corrido temiendo ser vis-
ta y seguida.

"Se ahonda la sombra en torno de tu hijo;

te digo que siento hormiguesear á las ser-
pientes atrevidas.

"Yo he conocido á los demonios cuando
era bella.

"Yo se lo que el infierno pone en una pú-
pila.

"Acabo de ver pasar á Judas, esto basta.

"Es un calculista de fraudes y provechos;
es un monstruo.

"Abreme, quiero entrar en casa del Maes-
tro; el tiempo pasa; mañana ya será tarde;
es preciso que esta misma noche huya y que
jamás vuelva; oh! madre, si tu lo permites,
yo misma, me lo llevaré, estos sacerdotes son
infames; faltar á su misión; no salvar las
almas qué nos importa á nosotras, mujeres
que tanto le amamos! estará mejor con los
tigres en los montes que con los sacerdotes
en Jerusalem; madre, que renuncie al resca-
te de los hombres, á su quimera; que huya! no
es verdad, besamos sus pies y que viva es
cuanto deseamos; estos judíos lo degollarán,
pregúntalo á mi hermana Marta y te dirá
como es cierto y que necesita partir en el
acto; déjame arrancarlo á su horrible deber,
te puedes figurar eso madre? Verlo apresa-
do, maniatado, muerto, matado tal vez á pe-
dradas ver sangrando su cuerpo he-

cho de luz oh! ábreme, yo se que se halla aquí, veo su lámpara á través de los tabiques, oh! madre, déjame implorarle para que en el acto se vaya y escape, y huya... en qué piensas; que, no me respondes nada? si tu quieres, nosotras dos lo salvaremos, créelo bien; quieres reunirme conmigo para arrancar á nuestro ángel del abismo monstruoso de un deber extraño? de sus verdugos, de Judas, ese asqueroso compañero?..."

La madre sollozando le hizo señas de que no.

VI

DESPUES DE LA PASCUA

La Pascua había llegado; el templo se iluminaba para esa fiesta.

Los pequeños niños se despertaban llenos de alegría y en los hornos se había cocido el pan sin levadura para venderlo en las esquinas de las calles.

En esos días Jesucristo estaba en la montaña obscura en el mismo sitio en que más tarde hubo un templo dedicado á Mercurio, construido por Adriano y destruido por Constantino.

Era al caer de la tarde.

Esa mañana Jesús había dicho á sus discípulos en torno de él:

"Ya sabeis, Santiago y vos Pedro y vos también Tomás, que estamos en la Pascua; ireis á la ciudad por do pasarán muchas gentes; allí encontrareis á un hombre con su cántaro sobre la cabeza; al lugar do vaya este hombre, sea el que fuere, ireis tras él y uno de vosotros le dirá:

"El Maestro vendrá aquí á celebrar la Pascua" y esto bastará para que este hombre, sea quien fuere, ceda su casa.

"Es bueno siempre que Dios nos lleve por do le plazca.

"Allí celebraremos juntos la Pascua."

Y se hizo tal como lo expresara

Lo que esa cena vió y lo que oyó está escrito en el libro—en donde no cambia jamás ni una palabra—por los cuatro hombres puros á quienes acompañan respectivamente el ángel, el león, el buey, el águila y el cielo azul.

Esta historia parece agregada por ellos á Dios cual si la escribieran al margen del abismo.

Su libro se parece al resplandor de una cima.

Cada página tiembla bajo el estremecimiento sagrado y por eso ha dicho la tierra: "yo lo leeré!"

Los pueblos que no tienen ese libro lo mendigan.

Veinte siglos inclinados en la sombra, lo estudian.....

Era el momento en que este ser divino acababa de compartir el pan sin levadura.

Cristo sentado en el centro—correspondiendo su lugar al decimotercero y esta cifra ha quedado para siempre terrible—había partido el pan, escanciado el vino y dicho:

"Comed, esta es mi carne; bebed, esta es mi sangre!"

Después continuó diciendo:

"Sigamos á Dios que es quien nos conduce,

Y en seguida fueron todos al jardín que florece, detrás del Cedrón, torrente que nunca tocara el remo y que corre fuera de la ciudad al pié de una colina. Allí los pastores se mostraban el antro sibilino de Lilith, mujer espectro, amante del demonio.

Cerca de esta pendiente fué en donde Simón mandó construir el canal para lavar las hostias.

Había manantiales que vertían el agua

á través de las hortigas que iba á llenar los viveros de la ciudad; este lugar se llamaba monte de los olivos.

Este monte era frecuentado en la época de los ayunos.

Un plantío de olivares entonces tierucs le cubría, dando sombra á los senderos y haciendo durar los rosales silvestres,

Cristo llegó allí murmurando en voz baja: "Que Dios me asista!"

Lo que pasó esa tarde fué tan triste, tan lúgubre y tan fatal que hoy ese jardín es tan vecino del infierno como el cielo lo es del edén.

He aquí lo que Jesús decía en la montaña.

"Lo que se pierde en la tierra en el cielo se recobra.

"Quien ve á atras y se admira de poco, no es digno del reino de Dios.

"Dios se descubre suficiente para que el hombre lo vea.

"Yo soy menos grande que él, pero es él quien me envía; cuando yo hablo él es quien dice lo que yo digo.

"Si os amais bien, ese es el paraíso,

"Sed buenos.

"Dios elige á quienes yo le designo.

"El es quien cultiva la vid; la vid, soy yo.
"Vendrá como lo hizo con Jacob y con Amos, con la podadera en la mano á podar mis ramas y cuidando las fecundas cortará las estériles

"Instruid al pueblo con ternura cuando vayais por las ciudades.

"Sonreid, no tengais disputas.

"Cuando esteis entre las tumbas hablad bajo, porque en el fondo del sepulcro hay siempre una oreja abierta.

"Aquellos que se creen dormidos bajo las yervas, escuchan, y vuestras voces les hablan en los vientos y sabed que esa es la mansión de los vivos.

"Quien maldice debe temblar

"No hagais nada demasiado pronto.

"Esdras viendo al hijo de una mujer maldita lo asió y lo arrojó al mar por efecto sorprendente de un celo muy amargo, Dios lo ha castigado.

"Marchad por el camino trazado.

"Amad, no envidies á los otros su pensamiento, es necesario contentarse con la inteligencia que se tiene.

"Uno es más sabio, otro más bondadoso; Dios puso más fruto á la higuera y más sombra al sicomoro.

"Creed!"

Después agregó aun otras palabras y de repente dijo, palideciendo y recorrido por escalofríos. "Vamos, el que debe venderme está cerca de aquí!"

VII

PRINCIPIO DE LA ANGUSTIA

Entonces se alejó á cierta distancia, lo que alcanza la piedra de una honda, se puso de rodillas y oró.

Mucho tiempo permaneció solo y como lleno de espanto.

Decía.

"Señor! apartad este caliz de mí..." lo demás en el cielo tenebroso se perdió.

Los discípulos dormían, Cristo volvió á ellos y les dijo:

"Ni una hora habeis podido velar."

Y después:

"Es así como conviene que yo muera

"Debe ser así y nada en el mundo puede cambiarlo.

"He venido para ser abandonado; está

"El es quien cultiva la vid; la vid, soy yo.
"Vendrá como lo hizo con Jacob y con Amos, con la podadera en la mano á podar mis ramas y cuidando las fecundas cortará las estériles

"Instruid al pueblo con ternura cuando vayais por las ciudades.

"Sonreid, no tengais disputas.

"Cuando esteis entre las tumbas hablad bajo, porque en el fondo del sepulcro hay siempre una oreja abierta.

"Aquellos que se creen dormidos bajo las yervas, escuchan, y vuestras voces les hablan en los vientos y sabed que esa es la mansión de los vivos.

"Quien maldice debe temblar

"No hagais nada demasiado pronto.

"Esdras viendo al hijo de una mujer maldita lo asió y lo arrojó al mar por efecto sorprendente de un celo muy amargo, Dios lo ha castigado.

"Marchad por el camino trazado.

"Amad, no envidies á los otros su pensamiento, es necesario contentarse con la inteligencia que se tiene.

"Uno es más sabio, otro más bondadoso; Dios puso más fruto á la higuera y más sombra al sicomoro.

"Creed!"

Después agregó aun otras palabras y de repente dijo, palideciendo y recorrido por escalofríos. "Vamos, el que debe venderme está cerca de aquí!"

VII

PRINCIPIO DE LA ANGUSTIA

Entonces se alejó á cierta distancia, lo que alcanza la piedra de una honda, se puso de rodillas y oró.

Mucho tiempo permaneció solo y como lleno de espanto.

Decía.

"Señor! apartad este caliz de mí..." lo demás en el cielo tenebroso se perdió.

Los discípulos dormían, Cristo volvió á ellos y les dijo:

"Ni una hora habeis podido velar."

Y después:

"Es así como conviene que yo muera

"Debe ser así y nada en el mundo puede cambiarlo.

"He venido para ser abandonado; está

bien; es preciso que se me aisle como á un miserable!"

A lo lejos se distinguía el venerado templo edificado por Salomón en el monte Moria.

"Perdón para todos, dijo Cristo." Mas Pedro exclamó.

"Si alguno no os ama y os abandona, no será Pedro! porque soy vuestro sacerdote; que se abra para vos la tumba y descenderé en ella gustoso."

Jesús le respondió tranquilo, en tanto que Andrés, Judas y Tomás volvían hacia él sus cabezas canosas.

"Renegarás de mí, tu, Pedro, ante que el gallo cante tres veces."

VIII

CRISTO VE LO QUE SUCEDERA

Después de esto Cristo se fué á orar en el fondo del bosque; meditaba y decía:

"Mi alma está triste hasta la muerte y en mí el hombre tiembla y resiste."

"Me estremezco como Job y temo como Judith!

Después habló tan bajo que solo Dios lo

escuchó; de repente exclamó, pálido como un profeta:

"Duelo, lamentación y dolor, sobre tu cabeza oh! Balaath, invadido por un pueblo pendenciero."

"Desgracia para tí, Corazain, y para tí, Bethsaide, porque habeis desdenado mis oráculos."

"Si yo hubiese hecho los mismos milagros, voceado la misma llamada, ofrecido el mismo perdón en Nínive de la cien torres y en Tiro y en Sidón; Nínive habría llorado y Tiro descendido de su trono y Sidón vestido el saco de ceniza."

"Esto se acabó ya; os veo desiertas y estais mudas como un lago, cuyas aguas han desaparecido."

"Vuestros jardines tienen el olor de los cementerios."

"Todo se derrumba; vuestros palacios ya son lúgubres bajo el peso obscuro de los castigos divinos."

"No son más que paredes desprendidas, inútiles y vanas; las quijadas de los muertos son menos terribles."

"Desgracia! ya no se verá el grano salir del arnero; no más cortesanas sentadas en sus lechos; ni se oye escupir á los que pasan; la

yerba crece abundante en los senderos por do pasaban las mulas y las cebras; el medio día en todo su brillo, no hace más que aumentar vuestras tinieblas.

"Por más que se pinte el sepulcro de blanco, siempre queda negro.

"El sol estará presente á vuestra desesperación.

"Vuestros escombros están llenos de antros espantosos.

"Oh, Moisés! han hecho una hendidura á las tablas; han roto la ley.

"Está bien; morid.

"Estareis tan temblorosos, pueblos, y se-
reis tan e-pulsados, que formareis debajo de la tierra una segunda ciudad.

"Del mismo modo que bajo los apresadores desbordado corre el aceite, la sangre corre en arroyos bajo la planta de los príncipes, aplastando á Ruben y Zabulón.

"Isacar y Levi están abolidos, desmembrados y desiertos como después de la caída de Cartago.

"Se vende un pueblo como se vende una bestia en el mercado.

"Desgracia! Oh! Jerusalem, mansión del crimen, tu estarás muerta entre las ciudades muertas.

"Los reyes harán esculpir un marrano en el frotón de tus puertas.

"Tu serás una ciudad iufame y se prohibirá que ni aún te miren de lejos.

"La mujer llorará por ser madre ó por la actitud de lactar.

"El que te contemple, creará ver la cicatriz de los rayos en la frente del mundo castigado.

"Tu serás el lugar en donde acaba la piedad."

Cuando Jesús hubo hecho estos reproches á las ciudades, se aproximó á sus discípulos y les dijo:

"Estad tranquilos; no es vuestra hora, es la mía.

"Todo está bien, siempre que mi muerte emancipe.

"Todo está bien, si en la verdad el hombre satisface su sed.

"Me elevaré sobre esta tierra, y desde lo alto del cielo lo atraeré todo hacia mí.

"Cristo termina el combate empezado por Miguel."

Su pupila apareció extraña y parecía ver cosas en el fondo de su espíritu, nacidas confusamente.

"Las tres mujeres con duelo en sus sem-

blantes y ropas, se allegarán al sepulcro; caminarán una tras la otra, humildes inclinando la cabeza por el lugar bajo y la entrada estrecha y verán allí á un hombre jóven, sentado en el ángulo derecho de la tumba, quien les dirá, sereno como un sol en su Oriente: "¿Por qué entre los muertos buscáis al vivo?"

"La visión de un ser extraordinario que se incorpora en un sepulcro, hará huir á los soldados llenos de un espanto sagrado.

"Tres días después de mi muerte resucitaré; pero aunque parezca blanco, próximo al manantial, vosotros me vereis como una forma incierta.

"Magdalena creará que es el jardinero; Tomás empezará por dudar y negar; pero los agujeros de mis pies le obligarán á creer y cuando haya puesto en mi herida negra su dedo, que retirará tibio y húmedo por la sangre, irá á meditar estremeciéndose, allá en la sombra.

"Orad; no entregueis mi doctrina á las disputas; las espigas no son para las langostas.

"Cuando ya no esté aquí, propagareis mi ley; muchos se engañarán; el error nacerá de mí.

"La sombra es negra, aun cayendo de los cisnes.

"Cuando yo me ausente de esta tierra, vereis grandes señales.

"Las tinieblas aumentarán en la frente de Israel,

"Se oirá hablar una voz en el cielo y todos mirarán la sombra extraordinaria.

"Lucas dirá:

"Es un ángel!

"Y Juan:

"Es el trueno!

"Llevaré los corazones á cuevas y los labradores harán surcos en mi espalda.

"Esos labradores sois vosotros, y vuestra obra es austera.

"El hombre no tiene nada, ni bolsillo con oro ni un rincón de tierra que pueda llamar suyo en este mundo,

"Sin vacilaciones, marchad al fariseo y decidle.

"Fíjate en el fango inmundo en donde te revuelcas!"

"Sed dulces y buenos, amaos los unos á los otros....."

En este momento Jesús se estremeció, habló consigo mismo y cerrando los ojos dijo:

"Ya está aquí!"

Judas apareció seguido por hombres armados con picas.

IX

JUDAS

Judas aproximándose, lívido, con las manos crispadas, besó á Cristo.

El cielo se oscureció.

Jesús preguntóle:

“Amigo mío, qué vienes á hacer aquí?

Después continuó vuelto hacia Dios:

“Tu me abandonas, Señor, pero yo no pierdo á ninguno de los que me has dado.

“Mi muerte basta y solo yo la sufro.

“El pastor debe perecer salvando á las ovejas.

Y señalando á sus discípulos el maestro dijo á los soldados:

“Cristo es fácil de reconocer; yo soy á quien buscáis, héme aquí; aprehendedme y dejad que se vayan libres estos hombres.”

Simón exclamó sacando la espada:

“Dios, por quien Jezabel fué herido, viene á defender tu Cristo; oh! Dios, que castigastes á Herodes por haber matado á Matías!”

Y levantando la espada fué derecho al grupo de soldados é hirió al primero que se ofreció á su alcance, llamado Malcus, ayudante del verdugo.

“Retirad y ocultad esa espada, le dijo Jesús, quien hiere con hierro con hierro será herido.”

Después prosiguió:

“Puesto que se ha empezado que se acabe.”

Y él mismo se colocó entre los soldados, poniendo su mirada lejos de todos para evitar á Judas.

Alguien del templo gritó:

“En marcha, que el tiempo pasa!”

“Podiais haberos apoderado de mí hace algún tiempo, cuando iba al templo á enseñar, entonces estaba al alcancance de vuestra mano, no teniais más que extenderla, y os valeis ahora de la traición y venis de noche como un ladrón; podría decir á Dios apareced y se oirían acudir á las tempestades y veriais temblorosos por encima de vuestras cabezas abrirse y flamear á la sombra y á millares de ángeles y á todo el abismo con todos sus leones y si agregara: ven tu mismo! vuestras pupilas verían de pronto, entre rayos eternos, surgir de la nube

una frente prodigiosa; mas no conviene que llame á los cielos; obrad; porque esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas; y Dios os entrega la inocencia, y todo debe cumplirse conforme está escrito."

Así les habló Jesús cuando le ataban los puños.

Terminado que hubieron de atar á Jesucristo, el jefe dijo.

"Es preciso llevarlo."

Lo qué efectuarou.

Y todos aquellos á quienes había amado huyeron.

X

LIBITH ISIS

Oh! Juan de Palhmos, visionario azorado, cuando te ocultabas tras los matorrales con San Marcos. entonces joven, y ya uno de los levitas, inclinándoos sobre los árboles negros, visteis en la colina un ser extraño, vago, solo, en pie en el estremecimiento lívido de una mortaja.

Era sombra teniendo la forma de una mujer.

Ese ser espiaba á Cristo en medio de la infame turba que le aprendiera, cual si estuviese allí, cumpliendo una misión.

Ahora bien, esta turba apercibió, al entrar á Sión, á esa mujer fijando sobre ellos en las tinieblas sus dos ojos que parecían dos estrellas fúnebres.

Uno de la multitud, á quien el Toldos llama Eddon-Azer, corrió hacia ella para asirla.

El ser, semejante á los fuegos-fatuos que huyen en los osarios, desapareció dejándole en las manos el sudario.

Mas tarde, después de la aprehensión, los soldados, narrando cómo habían tomado á Jesús de Nazareth, dijeron que habían visto sobre la montaña sombría á esa Lilith que nombran Isis á los bordes del Nilo.

XI

JESUS EN CASA DE ANAS

Jesús, amarrado, marchaba y decía:
"Así seal"

Primero lo llevaron á casa de Anás, anti-

guo gran sacerdote, para que allí esperase la hora de comparecer.

Criados, harapientos, vendedores de pescado, sacrificadores vestidos á su usanza, la ola de los curiosos que pasa y á pasar vuelve, rodeaban á Cristo sentado en el fondo de un c arto bajo y estrecho.

No obstante ser de noche Anás estaba en pié.

Descendió de sus habitaciones y llegó hasta Jesús á quien interrogó.

Cristo dió esta respuesta:

"Interrogad á la multitud.

"He vertido mi espíritu como una agua que se desliza y corre.

"Sacerdote, tengo dos testigos: el hombre y el firmamento; háblales.

"Yo enseñaba publicamente por doquiera, y en cuanto á mireino no es de este mundo.

"No tengo nada que decirte, ni que callar.

"¿Qué vienes á preguntar ahora?"

Un soldado le golpeó con su vara diciendo:

"¿Es así como se responde á nuestro gran sacerdote?"

"Si he dicho mal, puedes censurarme, dijo el dulce maestro, más si hablé bien, por qué me hieres?"

Anás decía, ajustándose las ropas, por haberse vestido apresuradamente.

"¡Tengo frío!"

Y todos gritaban.

"Es un impío! ejemplo! costigo!; Señor, ha dicho que destruiría el templo, y que en tres días lo levantaría de nuevo.

"Pueblo! respondió Anás, toca al tribunal y no á mí pronunciar la sentencia, porque yo no formo parte de ese cuerpo"

Y dejándoles su presa, volvió á su alcoba.

Entonces vendaron los ojos del paciente y todos le ultrajaron y mezclados confusamente todos le insultaban y decían: adivina quién te hiere y profetiza, oh sabio! dínos quién te escupe a la cara; seca, si puedes el puño que te golpea, Mesías!

Y los lacayos abofeteaban á Jesucristo.

XII

LOS DIEZ Y NUEVE

El día está lejos aún; ni el mas ténue rayo aparece en el oriente frío y negro.

Se adelantan á la hora; y los jueces, cuyo,

orgullo consiste en hacer lenta la marcha de las causas, saben con el aspecto tranquilo y amodorrado las gradas del tribunal.

El gran sacerdote lleva zapatos, los sacerdotes calzan sandalias.

Cada uno de ellos tiene grabado un nombre en el respaldo de su asiento.

El Gabbathá, que también se llama Alto, Enlozado, es el palacio lúgubre en donde el tribunal se encuentra situado.

Delante de la puerta está un vaso de bronce con agua; sobre la superficie flota un corcho y este parece decir al que pasa y piensa en ello con espanto.

El agua es el pueblo y nada puede hacer sumergir á la ley.

El Sanedrin, bajo el cual la judea se doblega, fué esbozado por Moisés, aumentado por Macabeo, y después de haber soportado el examen arrogante del pretor Gabino; es espía del Senado Romano, se refugia como un buitre espantado en una especie de sombra inquieta y sagrada.

En otros tiempos el pueblo vil que hormiguea á los rayos del sol, apercibía á veces ese austero aparato que la ley triste, invade con su cólera vaga, las tablas, las gradas, la cámara circular; los doctores en

lo alto sentados en sus sitials, los escribas en sus sitios á los pies de los doctores; el enjambre de los niños con túnicas escarlatas y los levitas sobre esteras esparcidos por el suelo.

Ahora todo se hace en secreto.

Lejos de todas las miradas, el príncipe preside; espectro misterioso, teniendo al Padre á su derecha, al Sabio á su izquierda.

En la obscuridad es donde se trabaja y se siega.

Pudiendo oír Roma se ocultan los debates.

El Sanedrin se cubre con un velo y la ley habla en voz baja.

Por lo tanto este Senado de oración, desde Gabino hasta entonces, se reunía en el lugar llamado en hebreo Liscat-Hagazit.

Este tribunal, que hace una brecha á la ley y que sabe solo el cómo y el por qué para castigar al blasfemo, señala diez y nueve jueces.

Estos diez y nueve, ante quienes el impío se halla sin refugio posible, se encuentran en el Gabbathá.

El salón es ancho y alto.

Oliad lo esculpió.

La noche nunca abandona ese lugar sin ventanas.

Una lámpara basta para iluminarlo, no exigiendo más la frente pálida de los sacerdotes.

Diez y nueve sillas de cedro, en el fondo del cintro oscuro, mezclan su doble hilera con las tinieblas del muro.

Se siente allí que la inocencia, la virtud, el crimen y el vicio tiemblan delante de esta sombra humana, la justicia.

El polvo de los años, cerca del techo, empaña un querubín abriendo sus alas de granito:

Los philacteros, así llamados en griego, cubren las paredes.

En el oro de los caracteres santos, textos brumosos, esparcidos sobre los muros, en placas de hierro, la luz de la lámpara arranca por momentos un relámpago vago.

Los jueces, helos aquí.

Ocho escribas, con la cabeza descubierta, cuatro doctores instruidos en la ciencia, cubiertos con el velo, llamado *taled*, con la vista fuera del mundo real, y confundidos con los doctores siete *ancianos* de Israel vestidos de blanco y pensativos bajo sus turbantes mitrados.

Sabaoth resplandece en las pupilas de estos sombríos árbitros.

Subiendo á su lugar, cada juez recita en voz alta un versículo, como lo hacía Aaron.

Diríase que la ley feroz los embriaga.

Los *sciamas* tienen las llaves; el *cazan* el libro.

La mirada fija en el texto, escrito por el rey David, los dos sacerdotes llamados los Esposos de la Ley, leen, alternándose gravemente, uno la primera página, el otro la última.

La lámpara es de cuatro mecheros como la de Endor.

Un escalón de *sithim*, con clavos de oro formando estrellas, hace resaltar el ancho trono de marfil en donde preside Caifás, destinado en la sombra al suicidio,

Sus sandalias son de púrpura y su túnica de lino.

En torno de cada brazo lleva un *taffilin*, en donde puede leerse un versículo reasumiendo la doctrina.

El *racional* que lleva sobre el pecho, se une á la majestad de sus ricos vestidos, llevando grabados en rubíes los nombres de las tribus.

El gran sacerdote está sentado; fatal como un profeta.

Como al soplo del viento, en la noche, bri-

lla y tiembla un fanal, así vagamente se ve agitarse sobre su cabeza, la tiara, claridad del sombrío tribunal.

El rumor de los versículos recitados se acalla; todo enmudece; cada juez está al fin sentado en su silla respectiva.

Cristo se halla de pie, delante de estos hombres tenebrosos.

Sus pupilas, inagotables en rayos luminosos, resplandecen sobre ellos.

XIII

LA COSA JUZGADA

El oficial del templo exclama:

"Ancianos! se delibera.

"Gloria al Dios santo y gloria al emperador Tiberio!"

Rosmophin se levanta y dice:

"El hombre que veis aquí se ríe de las leyes y de los santos por Dios mismo enviados; se cree más grande que ellos y pretende ser Mesías; se llama á sí mismo rey de los judíos; mienta! el arca está ennegrecida por la noche que sale de sus discursos; este

hombre debe morir; nuestros padres siempre han abierto sepulturas para los que violan la ley."

Josaphat exclamó:

"Que muera el hombre de Galilea!"

Archías de Mambré dijo:

"Observemos la ley; es preciso que por el sacerdote lo entreguemos al príncipe y que Herodes se lo envíe á Pilatos.

"¿Para qué sirven las leyes que no son obedecidas ni por el rey ni por los jueces?"

José de Ramathá.

"El hombre es inocente!"

"El destierro," dijo Potifar.

"No, dijo Samech, que haya sangre!"

Nicodemus:

"Primero las pruebas."

"Primero, respondió Terás, que se le mate! y que mañana se busquen dos ladrones que lo acompañen en la cruz puesto que este hombre ha dicho: "somos tres!"

"Que muera según las formas prescritas" dijo Rifar.

Gamaliel, jefe de ritos, se levanta; este sacerdote inflexible vió ya el primer vuelo del águila espantosa aun joven; que más tarde se llamará Pablo

Habla, con la vista en lo alto.

"La indulgencia, es semejante al maniquí con el cual se atrae y engaña y apresa una ave

"Justo ó no puesto que ha ofendido á las leyes, es preciso que muera!

"No, replicó Joram; yo lo absuelvo; las sentencias demasiado severas hacen vivir mal á la ley y es bueno siempre que el acusado halle benevolencia en su juez.

"Sobre la severidad de los jueces, la justicia llora como el niño sobre el pan negro que come."

"Ese lenguaje es pagano, dijo Sareas; la muerte!"

"Que muera, dijo Eliezer, predica el pillaje!"

"Que muera, repite Diras, combate la esclavitud "

Y Sabintí se indigna en nombre del Sanhedrin; *atestigua* con el baso de los doce bueyes de bronce y exclama:

"La muerte! que muera, ó de lo contrario el arca viene por tierra!"

Simón, que fué más tarde leproso, dijo:

"Que se le mate!"

El senador Mesa se levanta después de Simón:

"Si dice la verdad es un Dios; si miente

es un demonio; luego es necesario que se le adore ó que se le exterminen."

"Dios, dijo Ptolomeus, puede tener su gusanería."

Y Rabam lanza este grito que se pierde en el rumor:

"No lo condeneis antes de haberlo oído.

"La sabiduría empieza y acaba en el pontífice; toda sentencia debe ser dada por el gran sacerdote."

Caifás se levanta, el último; lleva sobre la frente el doble cuerno de la tiara en donde brillarán siempre los dos rayos del jefe de la tierra prometida, más semejante á Satanás que á Moisés.

El dice:

"Vale más la muerte de un hombre que la muerte de un pueblo.

"Del violo de las leyes sale el cadalso; es necesario castigar, si no, desgracia!

"Cualquiera que vacile, es una alma nocturna, visitada por el demonio.

"El juez indulgente, sigue al crimen como lo haría un perro que siguiera á su amo.

"El que ignora estas cosas, no sabe nada."

Después semi vuelto hacia Jesús agregó:

"Tal vez tu voz haga derrumbarse esta bóveda; sin embargo, habla; ¿es verdad que

te has vanagloriado de ser el hijo de Dios santo en la eternidad?

Cristo respondió:

"Tú lo has dicho, Sacerdote!"

Y como se distinguían confusamente algunas sentencias escritas en el muro, les indicó á los jueces con el índice este versículo:

"El sabio adora á Dios; cualquiera que sea espíritu lo ama,

"El sol no es negado en la suprema esfera ni por el astro Allioth ni por la estrella Algol.

"Cuando Dios se ofrece, no creer es un robo; el que niega es hijo del que roba."

"Blasfemia!" dijo Caifás, y desgarró su túnica—aunque esto le fuese prohibido por la ley,—y pálido exclamó:

"Paz á los hombres de fé.

"Yo, Caifás, inclinado ante el Señor, pienso que la pena es para el mal, y para el bien la recompensa y que se necesita esclarecer á los que un embaucador ha engañado.

"Yo condeno á muerte al hombre llamado Jesús."

Entonces un sacerdote partió en dos pedazos una vara negra.

Caifás volvió á sentarse en su trono de marfil.

Se llevaron después á Jesús.

Los jueces quedaron solos; sus túnicas en la noche que había en ese recinto parecían mortajas y en torno de Caifás, en oración, guardan todos silencio.

XIV

LA FIDELIDAD DEL MEJOR

Pasando una criada por el patio en donde estaba Pedro calentando sus manos al calor de una fogata, le dijo:

"Vos fuisteis una de las gentes que acompañaban á ese Jesús, que este es el nombre con el cual le señalan."

Pedro respondió:

"Mujer, de quién hablas? á ese hombre jamás le he conocido."

Entonces cantó el gallo.

Ya los verdugos en la cima del Gólgota cavaban la tierra á fin de colocar el suplicio.

Pedro, pensativo, se hallaba en el patio del gran sacerdote, confundido entre la multitud.

Alguien le vió y al instante, llamándole, exclamó:

"Vos seguiais á ese Nazareno?"

Pedro dijo:

"Ignoro lo que quereis decirme."

Momentos después, una mujer, riendo, dijo.

"Vos conoceis al hombre que se está juzgando aquí, porque habeis venido también de Galilea."

Entonces Pedro, juró de un modo execrable, diciendo;

"No. jamás he visto á ese hombre."

Entonces el gallo cantó en la puerta.

La noche cubría los negros caminos.

Pedro acordándose ocultó su frente entre sus manos y se puso á llorar amargamente en la sombra.

XV

LA OTRA SILLA DE MARFIL

Los escribas, los doctores y los sacerdotes en gran número, rodean, precedidos por un levita pregonero, á un pórtico exterior, en el patio del pretorio, que abriga bajo su cúpula una silla de marfil.

• Esta silla tiene el aspecto feroz de la gloria y se advierte el derecho que da al conquistador la ciudad que se saquea y el pueblo que se asesina.

Una escalinata de bronce, conduce á esta • silla.

Todos están reunidos, los Ciento, los Diez y Nueve y los Once; tras ellos, y cayendo á veces de rodillas, viene Jesús, conducido por un soldado que tira de un ronzal pendiente á su cuello, como un aldeano puede tirar de una bestia de carga.

El defensor público, un abogado romano, el viejo Nemurion Plancus, gramático de la ley y que más tarde retiró Adriano, habla y dice lo que se debe evitar ó seguir.

"Un hombre es detenido por los judíos; la ley judía lo condena; los judíos pueden lapidarlo, están en su derecho; dicho esto, qué es lo que solicitan? la lapidación les parece muy rápida; quieren que se le clave y no que se le lapide y para eso suplican se les permita crucificarlo; esto corresponde á Roma, á Cesar y á los derechos de Roma; debe crucificarse á este hombre? he ahí la cuestión."

"De dónde viene que el Sanhedrin prefiera para este hombre el suplicio romano al suplicio hebreo?"

"Es un rebelde? Es un ladrón de camino real? Esto no está probado por los judíos y solo su culto es el que parece haber sufrido alguna ofensa de este hombre.

"Ahora bien, puede recibir toda clase de afrentas un dios judío sin que por ello se ofenda Cesar.

"Un blasfemo judío es un parricida? El Sanhedrin lo ha dicho; ahora que el pretor decida.

"Después de todo, estos pueblos respetan al tribuno, y si desean el suplicio vergonzoso de alguien, Cesar clemente puede acordarles esa gracia."

En tanto que Plancus habla, un murmullo se levanta en el auditorio lleno ya de gesticulaciones, de voces y de amenazas.

Todos los sacerdotes rugiendo, estallan á la vez.

—"Pretor, es tu deber crucificar á este hombre; se dice rey de los judíos; es rebelde á Roma; nuestro dogma en esto está de acuerdo con la ley, porque es negar á Cesar afirmar que se es rey."

Un licitor, apoyado en la columna del pórtico, escucha todo sin cólera; tras él está sentado, tranquilo, distraído, indolente, el hombre consular, Poncio Pilato.

Sus piés calzan la púrpura y se ofrecen sobre el mármol blanco; este mármol, que le realza tanto sobre el fondo de la cúpula para los romanos, le honra; de los judíos lo isla, porque nadie más que él pisa esa losa que colocara Corbulón el proconsul el año segundo del consulado de Octavio.

Pilatos, prefecto antiguo en el país Cávato, fué tan fiel en tiempo de las revueltas que Augusto le dió la ciudad de Lión.

Ahora es procurador y teniente consular.

El puerto de Tiro le paga un talento por galera.

Posée en Citeres, Grecia, una renta que le dan, quitando el derecho de Cesar, los pescadores de coral y de esponjas.

Frócula, su mujer, sabe el secreto de los sueños.

Pilatos tiene una inteligencia prudente y toca á la edad madura.

El pueblo judío, temblando, desprecia á este pagano, que lleva en torno de la frente tres bandas, la una escarlata las otras violetas.

Su túnica senatorial es blanca á listas rojas.

A sus pies rastrea un enano familiar.

En la sombra, un archivero del tribunal escribe sobre una mesa.

Cuando se habla en voz muy alta el lic-
tor terrible hace una señal y todos callan,
porque el ruido de las voces contraría al
pretor, amodorrado como un rey oriental

Y en tanto que vagamente surge el supli-
cio infame de todos estos corazones llenos
de odio; por encima de las opiniones, de las
voces, de los gritos, de las exclamaciones;
sobre todos los negros complots; sobre todas
esas miradas traidoras; sobre todos esos or-
gulllos. 'a indomable loba de bronce arroja
su bostezo soberano.

XVI

ROSMOPHIN

Los sepultureros de cruces ahondan en el
calvario con las azadas.

La bruma, ese manto de duelo del cielo
severo, cubre el monte, en el cual solos es-
tán estos hombres lejos del ruido, en la som-
bra.

Han trabajado casi toda la noche,

A lo lejos -e oye mugir al Cedrón; su co-
rriente, por la abundancia de sus aguas,
amenaza dominar su cauce.

Estos hombres se detienen después de ha-
ber abierto dos fosas.

Uno de ellos—el más viejo—dice á los de-
más: 'creo que esto es todo; para dos cru-
ces, nada más tenemos orden; serán para
dos ladrones que se ejecutarán en las fiestas
próximas; Dimas y Gestas creo que se lla-
man; hemos terminado, ya podemos mar-
charnos.

En ese momento, un sacerdote, Rosmo-
phin de Jopé, que acaba de llegar en som-
bras envuelto, sale de la bruma como un ti-
gre de su antro y les dice.

"Abrid en el centro una tercera."

XVII

PEOR QUE JUDAS

Entonces Judas sintió el peso de los treín-
ta escudos.

Los hombres son vencidos por el mal que
han hecho.

Fué al templo y viendo á Caifás en el dintel de la puerta le presentó el saco, diciendo.

"Te lo devuelvo; he vendido al inocente; vuelve á tomar tu dinero; desgracia! Caifás; tómallo todo; allí está."

Caifás le replicó:

"Sería un ladrón si tal hiciera, guarda tu talego y vete!"

"No, dijo Judas, soy un réprobo! un maldito!"

Y arrojando el dinero por el suelo, gritó:

"Te lo devuelvo todo; allí está toda la suma!"

Y los sacerdotes se reían del traidor.

Entonces este hombre se fué á un lugar siniestro y se ahorcó; en dónde? en qué vil barranco? en qué rincón maldito? cómo sufrió su sentencia el desgraciado? con qué especie de árbol construyó una horea? fué en algún clavo viejo pendiente de podrido muro do amarró el nudo vengador?

Nadie lo sabe.

Esta cuerda flota para siempre en las tinieblas.

XVIII

EL CAMPO DEL ALFARERO

Hay campos fatales; cementerios célebres; colinas y mares que han sido sangrientos.

A veces se encuentra uno con valles que conservan la señal espantosa de los reyes, el olor de los atentados, el hollín de las carnicerías.

Monstruosos crímenes, semejantes á personajes, han pasado por bosques y montes que poniendo el dedo sobre los labios se ven con miedo.

Ascalón es horrible; Josafat, austero; el lago Asfaltito es negro; pero ninguno en la tierra que te iguale en horror, fúnebre Hacedamá!

Los vasos que un alfarero hizo con tu fango, tiemblan al resplandor turvio de las catacumbas y palidecen como urnas de sepulcros.

En el lugar implacable y profundo, estos vasos son sin duda los que llevan sobre la cabeza los espectros, cuando van á sacar agua del abismo.

Tu nombre parece trágico y hecho con una palabra que sufre.

Haceldamá! esta palabra se queja como un herido.

El talego de Judas fué recogido por los sacerdotes.

En seguida buscaron algún sitio de sepulturas infames destinado á los gentiles que por azar morían en la ciudad, enterrándoles así, á fin de que el extranjero quedase siempre fuera, no estando en su casa, ni aun entre los muertos.

Los sacerdotes eligieron el lugar solitario del Alfarero.

Los treinta escudos, con los cuales fué pagado este rincón de tierra, habían servido ya para pagar la entrega de Jesucristo.

Y desde entonces este lugar es nocturno.

Florece: crece la yerva; la aurora lo toca con su luz: pero nada puede disipar su noche.

Es feroz, pertenece al duelo, al silencio, á la mirada fija y aterradora del infinito.

Un murciélago eterno la roza con sus alas.

Cualquiera que sea el astro, y cualquiera que sea la hora, en este campo lúgubre se entreveé siempre vagamente el bolsillo devuelto por Judas.

Siente uno que se agitan allí mortajas invisibles.

La sangre está suspendida gota á gota en las negruzcas yervas.

Misteriosos vuelos de larvas pasan en el viento, sobre la cabeza del pensador tenebroso, y vagas blancuras se estremecen en la bruma. Ay!

XIX

ECCE HOMO

Había entre los judíos una costumbre bastante antigua, á la que Roma no se oponía, consistiendo en permitir que el pueblo pudiese en libertad, el día de la Pascua, concediéndole su perdón, á uno de los criminales condenados á muerte que se hallasen entonces en las prisiones de Jerusalem.

Cerca del palacio, lugar sombrío en donde la multitud se aglomera, se allegaba el pueblo de la ciudad y aldeas vecinas, como en torno de un colmenar van las abejas.

En la puerta, un licitor impedía la entrada, oponiéndose con el mango de su hacha.

Tu nombre parece trágico y hecho con una palabra que sufre.

Haceldamá! esta palabra se queja como un herido.

El talego de Judas fué recogido por los sacerdotes.

En seguida buscaron algún sitio de sepulturas infames destinado á los gentiles que por azar morían en la ciudad, enterrándoles así, á fin de que el extranjero quedase siempre fuera, no estando en su casa, ni aun entre los muertos.

Los sacerdotes eligieron el lugar solitario del Alfarero.

Los treinta escudos, con los cuales fué pagado este rincón de tierra, habían servido ya para pagar la entrega de Jesucristo.

Y desde entonces este lugar es nocturno.

Florece: crece la yerva; la aurora lo toca con su luz: pero nada puede disipar su noche.

Es feroz, pertenece al duelo, al silencio, á la mirada fija y aterradora del infinito.

Un murciélago eterno la roza con sus alas.

Cualquiera que sea el astro, y cualquiera que sea la hora, en este campo lúgubre se entreveé siempre vagamente el bolsillo devuelto por Judas.

Siente uno que se agitan allí mortajas invisibles.

La sangre está suspendida gota á gota en las negruzcas yervas.

Misteriosos vuelos de larvas pasan en el viento, sobre la cabeza del pensador tenebroso, y vagas blancuras se estremecen en la bruma. Ay!

XIX

ECCE HOMO

Había entre los judíos una costumbre bastante antigua, á la que Roma no se oponía, consistiendo en permitir que el pueblo pudiese en libertad, el día de la Pascua, concediéndole su perdón, á uno de los criminales condenados á muerte que se hallasen entonces en las prisiones de Jerusalem.

Cerca del palacio, lugar sombrío en donde la multitud se aglomera, se allegaba el pueblo de la ciudad y aldeas vecinas, como en torno de un colmenar van las abejas.

En la puerta, un licitor impedía la entrada, oponiéndose con el mango de su hacha.

Los aldeanos conduciendo sus vacas; las mujeres, que iban al mercado con sus canastos ya en la mano ya en borriquillo, se detenían iluminadas por la sonrosada aurora, ante el dintel custodiado por doce centenarios.

Desde la víspera, el rumor de la fiesta había despertado á los pueblos comarcanos, conduciendo allí á sus habitantes.

Eran los de Asser, de Bethfhagé, de Naim y de Emath, aumentados con el populacho que cada barrio de Jerusalem arrojara ese día en aquel sitio.

Veíanse, yendo y viniendo, sin apoyo ni muletas, á muchas gentes que antes, según se contaba, iban de puerta en puerta mendigando su pan, unos ciegos, otros paralíticos, sordos ó cojos, á quienes curado hubiera el hombre llamado Cristo.

Era la misma multitud, con sus tumultuosos gritos, la misma que unos días antes agitando al viento ramas verdes y teniendo sus almas hacia el cielo grandemente abiertas, aplaudiendo, cantando cánticos, corría alegre por los caminos, delante de Jesús de Nazareth.

Muchos le habían bendecido como á un dios que se escucha y por haber puesto sus

mantos en el suelo para que pasara, aún llevaban polvo y tierra en sus vestidos.

Dos soldados romanos, con sus cascos muy pulidos, se paseaban delante de la puerta del pretorio.

Vendedores de aguas frescas ofrecían al pueblo de beber y algunos niños jugaban á la taba un poco más lejos.

De pronto, en el dintel del palacio apareció Cristo coronado de espinas y vestido de escarlata; tenía una caña en la mano, Pilatos lo mostró así al pueblo, diciendo:

"He ahí al hombre!"

Cristo callaba con la vista fija en los cielos, Pilatos continuó:

"En este día es cuando se indulta á un miserable; pueblo! á cual prefieres que ponga en libertad, á Barrabás ó á Jesús llamado Cristo?"

"A Barrabás!" gritó el pueblo.

Entonces bajo sus pies, todos creyeron oír y no se qué trueno rodando..... era la carcajada de alguno que se reía en las profundidades de la tierra.

Así juzgaban los judíos bajo la mirada fría de los romanos.

Poncio Pilatos, pensativo, se lavó las manos.

XX

LA MARCHA AL SUPPLICIO

Terminaba la hora prima en los momentos que Cristo, llevando á cuestas una cruz, salía de la prisión.

Desatádole habían las manos, y sangrando iba por los golpes que recibiera de menaguadas manos; al salir fué recibido por la mofa vil del populacho! La ley hiere; el pueblo, abruma.

La cruz enorme, implacable, cuyos nudos no habían sido tallados, estaba hecha de una manera feroz y venenosa, que parecía haber cometido crímenes.

La turba acudiendo, marchaba, corría, se tropezaba, cantando y comiendo paues *azimmos*, mostrando á Cristo los puños crispados, lo seguía á los lados del camino, en donde temblaban sus pies ensangrentados.

Las vírgenes, reflejando á la aurora en sus semblantes, lo insultaban y aplaudiendo á su paso, reían de los guijarros que desgarraban la planta de sus pies.

Cristo seguía, viendo cabecitas rubias de

niñas en las puertas de las casas, adornadas con flores para esa fiesta,

Algunos discípulos con las frentes inclinadas; las tres Marías y su madre, le seguían de lejos por el mismo trayecto.

La siniestra mirada de Juan se sumergía en el cielo negro,

La luz, lívida, huía.

La espera era profunda.

Cuatro ángeles estaban en los cuatro ángulos del mundo; estos ángeles detenían el vuelo de los cuatro vientos, para que ninguno soprase sobre los vivientes, ni turbara la cima de las montañas de mármol, ni levantaran una ola, ni agitara un árbol.

XXI

CONSUMATUM EST

Empujado por la punta de las espadas subía Cristo, jadeando, el Gólgota infame.

Una mujer tuvo piedad, y viéndolo pronto á caer, le enjugó el rostro con un paño.

Vuelta que hubo á su casa esta mujer, vió sobre el lienzo sombrío una faz de esplendorosa llama,

Jesús continuaba ascendiendo, sangrando más y más; se detuvo un instante agotado, sintiéndose desfallecer bajo el peso abrumador de la cruz execrable y del anatema infame.

Un hombre gritó:

—Marcha!

—Marcha tu mismo, dijo Jesús.

Y desde entonces, este hombre vaga para siempre.

Uno de los ladrones le dijo:

—“Falso dios! tu blasfemabas. Eres dios? pues sálvanos y sálvate tu también!”

El otro ladrón exclamó:

“Jesús, yo creo; yo te amo; acuérdate que un moribundo ha confiado en tí!”

Entonces, elevando los ojos hacia este crucifijo, Jesús agonizando llegó á sonreírle.

“Hombre, por haber dicho lo que acabas de decir, ladrón, expirando en esa cruz, vas á entrar en los cielos, que es el gran perdón inviolable.”

Se dividieron el manto; en cuanto á la túnica, la jugaron á los dados porque no tenía costura.

De sexta á nona todos los montes fueron inundados por la sombra.

Las tinieblas invadieron toda la tierra.

Y como si alguna mano hubiese plegado sus vértebras, bajó de pronto la cabeza, en sus ojos lúgubres apareció la profundidad de los cielos y lanzando un gran grito, Jesús expiró.

La sombra, humo infame, subiendo, cubrió á las estrellas innumerables.

En el templo, los bueyes de bronce dieron un paso.

El velo se hendió en dos, de arriba á abajo.

Fuera de las murallas se formó un abismo en donde se levantaron todos esos seres que las rocas guardan y que el vasto fango desconocido sepulta.

Y todo fué tan negro, que se desvaneció todo.

Los sepulcros, abriéndose súbitamente, quedaron sin tierra, mostrando sus esqueletos envueltos en mortajas desgarradas.

Lívidos los muertos salieron de sus tumbas y fueron vistos por muchas gentes.

XXII

TINIEBLAS

Barrabás, lleno de asombro, se veía libre. La ciudad aparece como un caos de casas y de calles bajo los pliegues de una bruma monstruosa.

Los carceleros, refiriéndose la aventura confusamente abrieron su calabozo, le quitaron los grillos y le dijeron: "vete, el pueblo te perdona!"

De modo, que lo único que sabe, es que la prisión se cerró tras él; que el cielo está negro, que nadie lo persigue y que puede volar á la sombra él, pájaro de la noche.

Esta elección, que hace morir á Jesús y á él que le hace vivir; toda esa narración, le parece un vino con el cual se ha embriagado.

Vaga por la ciudad; se desliza, sale y marcha como un sonámbulo.

Qué camino seguirá? el primero que tenga delante.

Avanza, vacila, busca y continúa.

El no sabe, rodeado como está por la obs-

curidad inmensa, si deja tras sí las murallas de la ciudad; no las ve; su frente turbada se inclina; no aperece que sube por una vertiente; subir, descender, ir, venir, ayer, hoy, qué importa! él vaga, como envuelto en una nube, vaga y pasa como la eterna bruma; hay sueño y abismo en el fondo de su pupila; se dice por momentos: ¿soy yo quien marcha? —Si. —Todo está tan tenebroso que va como deslumbrado.

El camino que al azar sigue, rastrea y se pierde en el flanco de una montaña en donde crece apenas alguna ortiga; Barrabás, pensativo, subiendo por esa roca, sin saber por donde va, se deja llevar por sus pasos.

El vago horror del lugar agrada á esta alma loba,

Después de haber subido, por algún tiempo, se encontró sobre un espacio sombrío y que parece una cima; se detiene, después estiendo sus manos, y torna á vagar á través de la profundidad.

Marchando, marchando, de repente tropieza con un obstáculo; lo toca; qué árbol es este? dice Barrabás, en donde estoy?

A lo largo del árbol obscuro, levanta sus dos brazos, tan largo tiempo encadenados, que los levanta penosamente.

Este árbol es un suplicio, exclama; y lo tocan sus dedos, por el tormento atroz estropeados.

De repente, azorado, pálido, palpa unos pies; como el sorprendido buho vuelve á ocultarse en el ramaje, con esa prontitud retira sus manos, las siente mojadas; estos pies están frios, un clavo los atraviesa, la sangre se mezcla corriendo á lo largo del madero.

Barrabás, con espanto indecible, retrocede; sus pupilas se dilatan, y en la espesa sombra que le cubre por grados, un pálido bosquejo va acentuándose para él en el negro firmamento.

Es una cruz.

A su pie se halla un vaso conteniendo una esponja que rodea una mata de hisopo.

Sobre el horrible suplicio, desnudo, ensangrentado, los ojos muertos, la frente inclinada, los brazos soportando el peso del cuerpo, la cintura anudada con cuerdas de cáñamo, el costado herido, los pies clavados, las manos clavadas, azuloso, machucado, doblegado, colgante, roto, desfigurado, aparece un cadáver, blanco y como iluminado por la lividez sepulcral de un sueño.

Esta cruz en el fondo del silencio se levanta.

Barrabás, como un hombre que despierta sobresaltado, se estremece.

Es verdad que era eso un suplicio vil, manchado, espantoso, fijado con ayuda de cuñas en la arena.

Barrabás lo miró.

El horror era inexpresable.

El cielo estaba disuelto en un vapor mal-sano, y nada se sentía, más que miedo.

Por doquiera la ceguedad, el estupor, una huida de la vida eclipsada, espantosa ó destruida.

Sudario sobre Sion; mortaja sobre Josafat.

La sombra inmensa tenía el aspecto de una acusación.

El mundo estaba cubierto de una noche infamante.

Era el abrumamiento más negro que la tormenta.

La sombría extinción del aliento y del ruido.

Para los ojos del alma, con esas letras de la noche que hacen visible el pensamiento insondeable, una mano escribía en el fondo del infinito.

"Responsabilidad del hombre delante de Dios."

El silencio, el espacio obscuro, la hora, el lugar, la roca, la sangre, la cruz, los clavos, parecían jueces,

Barrabás, en presencia de esta sombra, sin refugio, se estremeció como ante la faz de la ley y mirando al cielo dijo:

"¡Yo no he sido!"

Después, como un fantasma, en esa noche estancada, larva estremecida y asustada, pálido se aproximó lentamente á la cruz.

Aproximándose á ella, vacilaba y se doblegaba como un mástil bajo la ola movidiza.

Insensato y como atraído, á pesar de su espanto por la especie de luz que salía de este muerto, espectro subía con una especie de eafuerzo, hacia el otro espectro, incierto como un crepúsculo y así avanzaba con el ademán con que se retrocede; inquieto, herizado, como agitado por el viento y pronto á huir á cada paso que daba.

Jesús, muerto, esparcía en torno un resplandor lívido. La muerte, no osando tocarlo, dejaba flotar en las cavidades tristes y sangrientas de los ojos el resto de una mirada tierna y misteriosa.

Su frente inclinada parecía iluminarse á medida que se aproximaba ese hombre con un paso vacilante.

Cuando Barrabás estuvo cerca, la pupila brilló; si algún ángel llegado de los cielos hubiera estado allí, habría creído ver rastreando en el horror de una tumba á una serpiente fascinada por el ojo de una paloma.

El bandido, doblegado bajo el espesor de la bruma, creciendo por momentos, contemplaba; y la tierra tenía el aspecto de una huérfana,

En la sombra se pensaba.

Entonces sobre esa áspera colina y bajo los vastos cielos desolados y como si el estremecimiento de los pensamientos infinitos cayera de esta cruz, abriendo sus brazos fúnebres, yo no sé qué espíritu entró en las tinieblas de este hombre y le cambió en formidable.

Un fuego profundo brotó de sus ojos fulminantes.

El alma inmensa de Adán, yaciendo en el calvario, pareció, de pronto, estar en este ladrón severo.

Barrabás levantó la voz, mandando sus acentos al lado de los montes que ocultan á Jerusalem en bruma siempre triste.

En tanto que él hablaba, arrojando en la extensión el anatema, los gritos, los enojos, las afrentas, algo que se vió más tarde sobre otras frentes, una lengua de fuego brillaba y giraba sobre su cabeza como un viento de tempestad.

Barrabás en pie, transfigurado, tembloroso, terrible, gritó:

"Pueblo! horrible pueblo sanguinario! qué has hecho.

"Oh! Cain, Nemrod, Dathan, todos vosotros, qué crimen es este que sobrepasa á todos los vuestros?

"He aquí lo que se hace con los justos en esta tierra!

"Pobricho! cómo te inclinabas antes á sus pies y corrias á venerarlo y á adorarlo en las plazas públicas y veías en su espalda dos alas angélicas!

"Era tu pastor, tu guía, tu sostén!

"Apenas aparece un hombre, pueblo! para hacerte bien, para traerte algún divino mensaje, para hacerte mejor, más fuerte, más dulce, más prudente; para abrirte el cielo sombrío, esperanza de los muertos, le sigues primero y después, de pronto, lo muerdes, lo escarnias, le odias, lo insultas, lo denigras!

"Oh! rebaño de ovejas, de donde sale un montón de tigres!

"¡Qué premio para tantos combates santos y sublimes!

"Ese es Jesús! este es Barrabás!

"El arcángel ha muerto, y yo, el asesino está libre!

"Han puesto al astro con el fango en equilibrio, y del lado horrible se ha inclinado su balanza.

"¡Cómo! por un lado el cielo, del otro el pecado; allí el amor, la paz, el perdón, la plegaria, el rayo desvanecido en luz, los enfermos curados, los muertos resucitados, un ser todo cubierto de vida y de claridades; aquí, el asesino bajo el cual el espanto se abriga; todos los vicios, el robo, la sombra una alma leprosa, un bandido herizado con innumerables atentados.

"Oh! si á mi se hubiesen dirigido; si cuando tenía el cuello con la argolla de la cadena hubiese venido á verme Pilatos en la húmeda paja de mi calabozo para decirme:

"Veamos, te se deja la elección; sabes que es una fiesta y pues se debe crucificar alguno: ¿Cristo de Galilea ó tu, la bestia salvaje, responde, bandido, á cuál de los dos quieres que se salve?"

"Yo habría presentado mis puños diciendo:

"Olavadlos!

"Cielos! los reyes son bendecidos, los sacerdotes incensados; el vestido de gloria está sobre el alma de ceniza: un crimen, semejante á una fosa, estaba abierto, el hombre acaba de descender en él; una maldad enorme estaba virgen; el hombre se ha desposado con ella.

"Ahora, Cain mata con un beso.

"Esto se acabó, el dragón reina; se funda el mal,

"Ya no se cantará por más tiempo en la selva profunda.

"Los hombres no tendrán aurora en su corazón!

"El amor ha muerto; el duelo lamentable vence; el último resp'andor se apaga en la naturaleza.

"Ellos mismos han hecho con sus propias manos la clausura de la piedra espantosa y sorda de la tumba!

"Puesto que lo verdadero, lo puro, lo santo, lo bueno, lo bello, están ahí, en ese patíbulo, todo está dicho, ya nada existe.

"Desde ahora, el hombre es abominable y desgraciado.

"Esta cruz va á cubrir de cadalsos las ci-mas, este mundo es presa que devora el averno,

"Desde hoy se tendrá por ley á la obscuridad, por juez á la ignorancia; vencer, será para él la única diferencia.

"La emancipación de los monstruos le conviene.

"La noche, esta bestia, lo tiene asido.

"El mal no existiría si no tuviera una alma; esta cadena de horror, que en el mundo empieza por César y termina en Barrabás, va más lejos que el hombre y más bajo aun va en la sombra.

"Como la serpiente se hincha y desenvuelve bajo la yerva espesa, así siento que se estremece debajo de la tierra un sér espantoso.

"Sé contento, tú, allá bajo nuestros piés.

"Yo apercibo, en el fondo de esta bruma y delante de esta cruz tu rechinido de dientes, esa risa infame de las tinieblas,

"Y tú, mundo vil, oh! raza humana que celebras los ritos del infierno, sobre altares de espanto, tiembla en tus profundidades; oigo en torno de tí las reclamaciones que hacen las bocas abiertas del abismo.

"Género humano! de rodillas le pido perdón á tu víctima.

"Ya tu negrura es imborrable, desde el momento que se crucifija al apóstol resplandeciente; desde el momento que bajo la sombra abyecta espira la aurora; y que él, el mejor, perece en lugar de mí, el peor.

"Oh! yo besé su cruz y sus pies ya fríos, y monstruosamente salvado por tí, digo:

"Maldito seas:

"Desgracia para tí, mundo impuro y cobarde, mundo en donde yo no tengo nada de bueno más que mi ingratitud!

"Sé maldito por el que acabas de salvar; que sangre eternamente este Cristo sobre tu cabeza; que un diluvio de oprobio y de duelo te sumerja; hombre, más pronto á caer de lo alto de la justicia que el relámpago de lo alto del firmamento, se maldito en estos clavos, en este patíbulo, en esta hiel; se maldito en mi cadena rota.

"Se condenado, mundo a quien la sangre sirve de rocío, por haberme libertado, y á él abandonado; mundo horrible que perdonas con ferocidad; tu, cuya ceguera crucifija y lapida; tu que no vacilaste sobre el abismo, y estúpido, ni aun has sentido estremecerse uno solo de tus cabellos en esta elección formidable entre Dios y Satanás."

XXII

CONSIDERACIONES

La triste humanidad sobre la cual pesa la vergüenza de los justos condenados y de los malvados absueltos, se halla como tumbada con la rodilla al pecho. por una visión triste, eterna y terrible.

Un calvario aparece en la negra nube que mira fijamente todo el género humano.

Una lividez de cráneo y de osamenta, cubre ese monte deforme por do sube un hombre pálido; el hombre lleva una cruz y se oye su respiración jadeante; sus pies sangran sobre los guijarros del sendero; sus ojos lloran, anegados en resplandores divinos; su faz tiene insultos que no se han limpiado; la sangre corre y ennegrece sus cabellos en las sienes; y abrumado por la cruz, el hombre cae, desfallece, se arrastra, se incorpora y torna á caer de nuevo y por momentos solo puede levantar lúgubrementes su cabeza.

La mirada del género humano estremeciéndose continúa fija en esa nube por do

marcha el hombre; una turba le sigue; llega á una plataforma; infames puños crispados arrancan su túnica, gritos feroces, "Marcha! no haya misericordia!" y él va enseñando su espalda enrojecida y sangrienta por los golpes; mofado por los ladridos y mordido por los ganchos de yo no sé qué pueblo vil, envidioso de los verdugos.

Para él son todas las afrentas escupidas por la turba: se extiende al hombre, desnudo como un Adán, terrible, sobre el patíbulo que ha arrastrado todo el camino; se sepultan clavos en sus manos; cada mano arroja un chorro de sangre al que la clava; el verdugo blasfema limpiándose la cara; la multitud rie.

Después de las manos se clavan los pies; el martillo, torpe, machuca los dedos lastimados; se apoya sobre su cabeza la corona de espinas y en seguida, entre dos bandidos expiando sus rapiñas jurando horribilmente, levantan la cruz que oscila, moviendo el cuerpo con sacudimientos que cesan de pronto, cayendo á plomo sobre sus pies y manos el hombre clavado en ella; la sangre se desliza por el leño en hilos rojizos y la madre está al pie del patíbulo y llora, y la multitud rie.

¡Veamos, Dios Jesús, descende de esa cruz! una esponja empapada en hiel le ofrecen para que beba:

"¿Tienes sed? bebe"

Y el pueblo horrible, tiene el aspecto del lobo en la madriguera y el gran paciente dice:

"Perdónalos, Padre, porque no saben lo que hacen!"

Después, hé aquí que la tierra con el cielo se confunde.

Noche, oh! noche, todo se estremece, aun el sacerdote, y de pronto á este grito que sale de esa boca;

Elhoim, Elhoim, Sabacthanil se ve un temblor en el fondo del infinito y como un palido relámpago que vacila y que naufraga en la inmovilidad formidable de la sombra.

Y en tanto que los corazones, las manos juntas, los ojos rien embargados por no sé qué de atracción subyugadora y terrible en presencia de este suplicio monstruoso; en tanto que bajo la bruma espantosa en donde tiembla este crimen que contiene á todos los crímenes juntos; bruma ante la cual Judas retrocede, la cruz vacila; el centurión se sorprende y dice: yo creo! en tanto que bajo

el peso de la acción maldita, bajo Dios sangrando, medita el espanto del género humano, voces hablan; los hechos están oscurecidos por la sombra; la piedad se desgarran en lúgubres narraciones.

La tradición, fábula errante que se acepta, aparece, desaparece, vuelve y se desvanece, como el viento entre las hojas.

En esa extraña noche girando en torno del hombre la leyenda siniestra que esparcida está en todas las bocas, pasa por el cielo negro, en harapos.

Esta multitud humana tiene el estupor del hecho siempre presente allá en lo alto, verdadero, real, aunque por intervalos lo vele el sueño.

Así sobre este rebaño, tembloroso, inmóvil, lúgubre y asombrado que se llama humanidad, caen desde el fondo de la sombra y de la eternidad yo no sé qué fragmento de quimera y de historia y de sueño á los que el infierno une su resplandor negro.

El hombre tiene miedo del cielo que sangra en el oriente.

El huracán está lleno de espectros que exclaman:

Oh! naciones, el asesinato eterno se consuma!

Y entre todas las palabras que pronuncia el hombre no hay ninguna por palpitante que sea, que pueda pintar ese horror de tumba y de selva, ese cuchicheo de los cuatro evangelistas y la agitación de las grandes alas tristes que en el abismo del duelo inexplorable, tienen el águila, el león, el buey y el arcángel,

Han podido pasar diez y ocho siglos sin que el hombre en derredor del cual murieron Bizancio, Atenas y Roma; extinguiéndose el batallar legendario de Carlo Magno; desaparecido Mahoma, haya dejado de mirar esa cruz, esa cima, esa blanca sangrienta y esos resplandores divinos bajo el entrecruzamiento monstruoso de las espinas, y sin que haya cesado de oír ni por un instante el inmenso grito lanzado al negro firmamento, legible para siempre en ese sombrío registro, y el desgarrar del gran velo siniestro, y en la obscuridad consciente, sobre ese madero suplicatorio en donde está el ser llamado Jesús y por encima de los pensadores estudiando las Biblias, el sollozo terrible de las bocas invisibles!

XXIV

CONCLUSION

La flagelación de Cristo no ha terminado. Todo lo que sufrió en su lenta agonía en el monte de los Olivos y en los parajes públicos, bajo la cruz y sobre la cruz, lo sufre siempre.

Después del Gólgota, Jesús abriendo sus alas, partió á la eterna aurora y aunque allí resplandezca soberbio y gracioso en la tranquilidad sideral de los cielos, en la gloria entre los arcángeles solares que á sus pies se asientan, sobre todos los dolores, sobre todas las cóleras, sobre la nube invisible y gravitante de los días cada vez que en la tierra y en nuestros templos y en nuestros palacios los doctores y los escribas infligen al inocente sus cobardes calumnias; cada vez que miente el que debe enseñar; cada vez que de un traidor sale un juramento; cada vez que el juez tan pronto como ha orado arroja al pueblo esta palabra:

Justicia, y en secreto tiende una mano horrible al oro infame; cada vez que se falta

al deber, que se entonan cánticos y hossanas al crimen, que se aplauden los desastres allá entre los astros en el azul que ningún aliento tempestuoso mancha ni corrompe, Cristo estremeciéndose, enjuga un insulto sobre su frente

Después de haber doblegado bajo la ley que difama y bajo la ley que mata, ay! á este sér augusto; después de haber clavado en el madero al justo, al inocente de donde la sangre corre y el perdón brota; delante de esa obscuridad de las sentencias de muerte, delante del espantoso poder de quitar la vida y de transformarse en el que hace morir pero no hace nacer, delante del tribunal, delante del presidio, delante del hacha, el hombre ha retrocedido? No.

Bajo esa cruz que se llama horror desconocido, continúa lo que se llama aquí justicia.

Es espectro ciego y sordo, cuyo manto es la sombra, apenas se acuerda de haber fijado en el suplicio á esa inmensa inocencia radiosa.

En presencia del bien del mal, en la confusión de las faltas, de los errores, en donde el justo perece, nadie tiene miedo de esta palabra:

"Jesucristo!"

El hombre no ha cesado de desnaturalizarse en el trágico orgullo de condenar á su hermano.

La abertura horrible, infame, temeraria del sepulcro en medio de las leyes, es el puerto y el negro género humano se abriga en la muerte.

Tristes jueces, con qué está hecha su alma?

El grande espectro que lleva encima de su cabeza el letrero tenebroso y flameante INRI, pálido, lacrimoso, ensangrentado, herido de muerte, latigueado pende delante de ellos en la cruz dolorosa, en tanto que cada palabra pronunciada por ellos, abre una fosa en la sombra y levanta un cadalso.

Muera ese hombre! muera esa mujer! es preciso! muera el hijo del pueblo! muera el hijo de las cabañas!

Y no veis mis clavos? les dice Cristo.

Cuántos justos muertos! Cuántos buenos condenados! Cuántos santos coronados por una sentencia infame!

Oh! martirio! ascencimiento horrible del suplicio!

El asesinato, altivo, sagrado, público; la ley cómplice.

Olas de sangre inocente!

Si por alguna cima Jacob, el hombre de los viejos días, á dormirse tornara, volvería á ver una ascensión de ángeles, pensativos, puros, bañados de luces extrañas, subiendo uno después del otro, y teniendo en sus rostros sonrientes mucho de la inmensidad y del oriente; éstos levantando sus manos, aquellos abriendo sus alas, tranquilos, resplandecientes, serenos.

Y esta escala, hermana de aquella que la sombra robase á sus ojos, no termina en el cielo ay! sino en el cadalso.

Puesto que las cosas así están hechas, puesto que en la tierra se degüella siempre á los profetas, qué se debe pensar y creer oh! vastos cielos?

Cuán pocos altares están sin remordimiento!

Por doquiera han dejado su cicatriz los falsos dioses, en la naturaleza, santa matriz suprema.

Por doquiera el hombre es malvado, corazón vil bajo una mirada de orgullo, y merece la caída inmensa del relámpago.

Los rayos en lo alto hacen inútiles estallidos.

Lo que debe creerse con lo que debe ha-

cerse, siempre en lucha está, ay! sin ponerse jamás de acuerdo

Así murió Jesús; y los pueblos desde entonces arredrados han sentido que el desconocido mismo se les apareció en este Hombre Supremo y que su Evangelio era semejante al cielo.

El Gólgota, funesto y pestilencial, les parece el tumor deforme del abismo salvajemente adusto, se levanta en el fondo misterioso del crimen.

En ese lugar se halla el más lívido relámpago del abismo, en ese lugar en donde la religión siniestra mató á Dios.

FIN.

FE DE ERRATAS

(LAS MAS NOTABLES)

Pag.	Línea	Dico	Debe decir
VII	11	verbo	Verbo
VII	13	esas profecías	en esas profecías
IX	11	será	Será
IX	22	positivismo	Positivismo
X	8	enciclopedistas	Enciclopedistas
X	17	a sus sentidos	á sus sentidos;
XI	13	afan burlado;	afan burlado
XIV	16	con Platon con Newton	un Platon un New- ton.
XV	03	la libertad	la libertad
XV	14	entrevee apenas,	entrevee apenas;
XV	18	todo un poema,	todo un poema;
XV	21	sacrificios son	sacrificios van
XV	18	en las almas	en las almas;
XXII	6	y Platon	y Platon,
XXII	12	repara	reposa
XXII	18	Cataclismo	Catolicismo
XXX	23	veronesca	Veronesca
XXXI	11	Shakespeare el in- gles	al ingles Shakespeare

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cerse, siempre en lucha está, ay! sin ponerse jamás de acuerdo

Así murió Jesús; y los pueblos desde entonces arredrados han sentido que el desconocido mismo se les apareció en este Hombre Supremo y que su Evangelio era semejante al cielo.

El Gólgota, funesto y pestilencial, les parece el tumor deforme del abismo salvajemente adusto, se levanta en el fondo misterioso del crimen.

En ese lugar se halla el más lívido relámpago del abismo, en ese lugar en donde la religión siniestra mató á Dios.

FIN.

FE DE ERRATAS

(LAS MAS NOTABLES)

Pag.	Línea	Dico	Debe decir
VII	11	verbo	Verbo
VII	13	esas profecías	en esas profecías
IX	11	será	Será
IX	22	positivismo	Positivismo
X	8	enciclopedistas	Enciclopedistas
X	17	a sus sentidos	á sus sentidos;
XI	13	afan burlado;	afan burlado
XIV	16	con Platon con Newton	un Platon un New- ton.
XV	03	la libertad	la libertad
XV	14	entrevee apenas,	entrevee apenas;
XV	18	todo un poema,	todo un poema;
XV	21	sacrificios son	sacrificios van
XV	18	en las almas	en las almas;
XXII	6	y Platon	y Platon,
XXII	12	repara	reposa
XXII	18	Cataclismo	Catolicismo
XXX	23	veronesca	Veronesca
XXXI	11	Shakespeare el in- gles	al ingles Shakespeare

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pág.	Lín.	Dice	Debe decir
1	4	cielos	cíelos
2	3	para aquel	para Aquel
2	24	anguladas	ougladas
5	9	suerte, fortuna, ananke	Suerte, Fortuna, Ananke
7	20	otras	altas
24	3	en la tierra	a la tierra
38	3	vervo	Verbo
38	5	érable	erablo
38	6	trojes	trages
40	1	libro santo	Libro Santo
40	10	aciuamiento	haciamiento
40	27	tabérnáculo	Tabernáculo
44	6	templo	Templo
46	1	caberna	caverna
46	7	biblias	Biblias
46	15	vocas	rocas
47	17	esfinge	Esfinge
48	1	ser	Ser
49	15	cinponeros	imponer
66	26	costura	costumbre
71	7	muchacha	joven
80	13	muchachas	jóvenes
91	3	monte de los olivos	Monte de los Olivos
91	15	even	Eden
100	18	maestre	Maestro
112	20	con el baso	con el vaso
128	11	manera	madera

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

